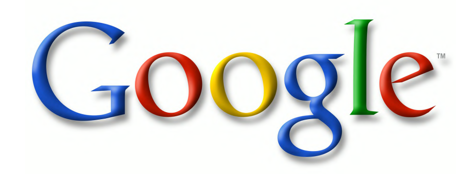
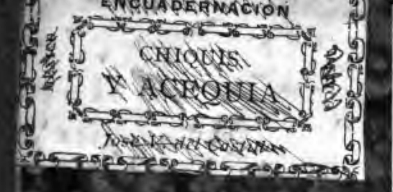
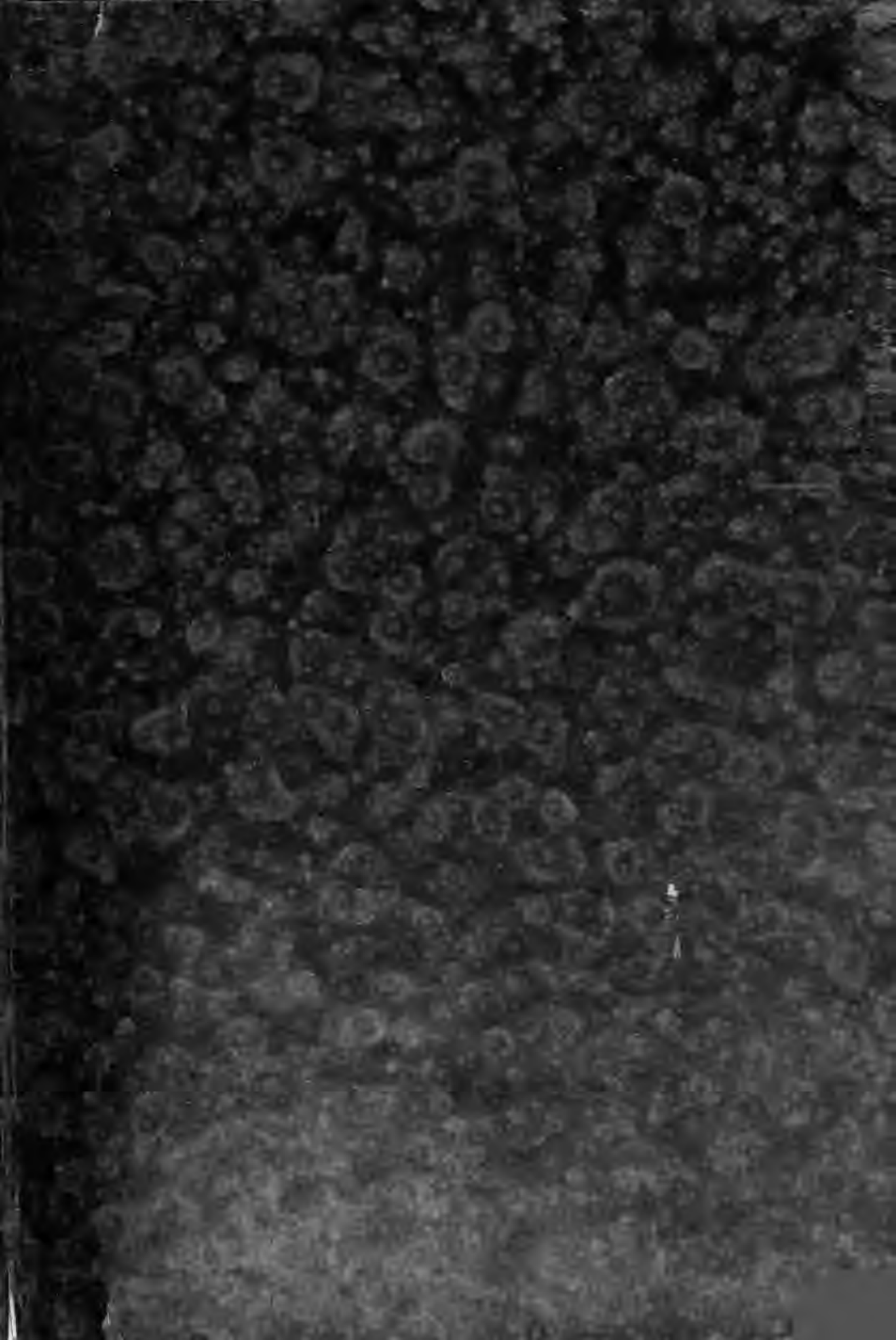




ENCUADERNACION







LAS
CRUCES DEL SANTUARIO

TRADICION POPULAR MEXICANA

escrita por

JOAQUIN GOMEZ VERGARA.

TERCERA EDICION.

MEXICO
IMP. LIT. Y ENCUADERNACION DE IRENEO PAZ,
Segunda del Relox núm. 4.

1893

PROLOGO.

I

POR DERECHO DE CONQUISTA.

¡Válgame Dios, y como cambian las cosas con el tiempo!

¿Pensarán ustedes que lo que hoy se llama pomposamente Ciudad de San Juan de los Lagos—aunque ningunos tiene—habia figurado como población de importancia en el mapa de la República Mexicana? Pues no señor, porque no era más que un miserable cortijo que no merecía ni el nombre de pueblo.

Pero esta es una historia muy curiosa, y no me he de dejar en el tintero ni una coma, hoy que se me ha puesto en las mientes el referirla; así es que tomemos la cosa desde el principio, que por larga que sea, habremos de darle fin en dos por tres.

Por lo que ha llegado á mis noticias acerca de nuestros conquistadores, veo que aquellos caballeros eran más entendidos y avisados que lo que se les cree ge-

neralmente, y sabían el modo mejor de hacer las cosas para que les salieran á pedir de boca.

Siempre que emprendían una nueva expedición al interior del país, hacían sus preparativos de la manera siguiente: alistaban un buen número de soldados castellanos; otro, mucho más considerable, de indios organizados en regimientos, y una compañía, compuesta de fráiles franciscos, como el más poderoso elemento de conquista.

Con estas tres legiones llevaban también las tres virtudes teologales: la Fé, en el Santo Cristo que esgrimian los fráiles al abocarse con el pueblo idólatra; la Esperanza de nuevas riquezas, en sus bolsillos vacios y la caridad, en las manos abiertas para seducir con su irresistible atractivo á aquella pobre gente que no conocia que la munificencia de los conquistadores, era, como si dijéramos, una sopa de su propio choco late.

La primera cosa que hacían después de conquistar un pueblo, era edificar una iglesilla, á la que daban el nombre de "El Hospital;" como si los pobres indios estuvieran apestados, ó fuera éste un país de leprosos ó de febricitantes, no gozándose en el sino de la salud más envidiable que se haya visto en la tierra y planetas adyacentes.

El papel que el tal Hospital hacía, se asemejaba, y mucho, al de un par de muletas que se regalara al que tiene libre y expedito el uso de sus dos piernas; pero esto no quitaba que los conquistadores encarecieran con todas las veras de su alma, á nuestros ascendientes, las inestimables ventajas que con la erección de aquel edificio les vendrían; en el cual habian de en-

contrar la salud eterna, mediante la medicina preciada de la religión, y la del cuerpo ó temporal, en sus enfermedades y aflicciones.

En San Juan de los Lagos no dejó de tener verificativo la tal costumbre; y aquel fue el centro de donde irradió la nueva población al arrimo santo del templo.

Y sucedió que después del Sr. D. Nuño de Guzmán, conquistador audaz de lo que se llamó después Reino de la Nueva Galicia, fuera un misionero franciscano, llamado Fray Antonio de Segovia, y este santo y ejemplar varón dejó á su paso por San Juan una imagen de la Virgen María, muy pequeñita para que le fuera de fácil transporte, porque háse de saber que no era aquella la única que consigo llevaba.

Aquella imagen tenia por objeto ser la patrona del lugar y ahuyentar al Enemigo Malo que, bajo la figura de un ídolo muy feo, se había enseñoreado de todos los pueblos de los contornos, contándose entre ellos el de Mític, célebre en la historia de los chichimecas, por haber descansado en el sitio que hoy ocupa, cuando su peregrinación al Valle Central del Anáhuac donde después se fundó la gran Tenochtitlán.

En apuros se vió el diablo con la patrona que se le entraba en su casa; y desde luego se puso á cavilar para salir con bien de aquel trance, que por lo inesperado, no había tenido tiempo de prevenir con su acostumbrada astucia.

Al escuchar los conjuros de los misioneros, supuso que serían algunos insultos á su real persona, aunque no sabia jota de latín, por haberlo olvidado desde que

el antiguo pueblo romano cayó en poder de los cristianos; y dando cada salto, que pegaba con la espalda en el techo de su templo, y mordiéndose el rabo con ira reconcentrada, salió de allí por una rendija, echando chispas y jurando como un condenado.

Después fué á posarse en la rama más elevada de un huizache, desde donde contempló con tristeza sus antiguos dominios, haciendo el siguiente soliloquio:

—Vamos, buen Lucifer, hoy te arrojan de tu casa sin el menor cumplimiento; pero no debes extrañarlo, pues el derecho de conquista nada tiene que ver con el séptimo mandamiento, y esa Virgencita te trata como á inquilino que no paga la renta.

Dicen que mal de muchos es consuelo de tontos; y aunque tú no tienes pelo de ídem, es fuerza que te conformes con la voluntad de Dios, y busques medio de vengarte de la tamaña injusticia que contigo se comete.

Satanás estaba edificante; y no de otro modo hubieran hablado los mismísimos conquistadores en igual ó semejante caso.

Y más calmado con su raciocinio, bajó del huizache ayudándose con la cola, como suelen hacerlo los monos, y se fue paso entre paso hácia su palacio subterráneo. Por el camino iba volviendo la cabeza atrás y suspirando honda y tristemente.

Llegó al infierno, y sacando de un armario unas botellas de Aguardiente, de Tequila, de Ginebra, de Rom, y de otros néctares que se fabrican en aquellas comarcas, las apuró de un solo trago para no sentir penas, echándose á dormir en seguida como si nada le hubiera pasado.

II

COCES CONTRA EL AGUIJON.

Habían transcurrido ya muchos años de esto.

Era la madrugrada del 8 de Diciembre, precisamente del día en que se celebrababa una función solemne á la Virgen que habia dejado Fr. Antonio de Segovia en la iglesia del Hospital de San Juan.

Ya en el pueblo no había un solo indio que no estuviera bautizado, y andaban todos ellos medio vestidos á la usanza española; es decir, gastaban calzón de gamuza, ajustado á la pierna, que les cubria hasta las rodillas, camisa de grandes cuellos, á manera de valona, sombrero de palma, gabán de jerga, como el que le pintan á Juan Diego; el pelo cortado á la mitad de la frente y crecido sobre las orejas, y por todo calzado, huaraches de vaqueta sostenidos con correas por entre los dedos y atados al tobillo.

Las mujeres llevaban cueitl azul con corte blanco, hecho de los hábitos viejos que les regalaban los frailes, chomitli, y una tira de lienzo blanco, á manera de rebozo, que llamaban toalla; y las que nó, llevaban huipilli y ostentaban sobre la cabeza, sujeta con cordones de lana de colores chillones, una toquilla hecha de la propia estameña de las enaguas, y que entre ellas se llama cuashahualina.

La noche anterior habia sido de preparativos, y en la iglesia se habian quedado á velar los indios nombrados por el padre capellán para hacer los gastos de la función.

El pueblo de San Juan estaba muy lejos de ser lo que ahora, porque si no tenía los gallardos edificios que formaron después la población, gozaba en cambio de una fertilidad de que hoy carece completamente.

Las lomas que lo rodean, extendiéndose á gran distancia, jaliscas y estériles, estaban cubiertas por la más exubrente vegetación, y entre las múltiples cañadas que entre sí dejan, corrían cristalinos y murmuradores arroyos que fecundaban los bajíos; frutales de variadas especies crecían en las laderas, y el suelo cubierto de menuda yerba, convidaba á vivir en aquel lugar delicioso.

La iglesia en el centro, y unas casitas de adobe con techos de zacate asomando entre las copas de los árboles, eran lo único que existía y podía contemplarse á vista de pájaro, al descender por cualquiera de los caminos que conducian á aquel encantador retiro.

En la madrugada—y van dos veces que lo digo—el cielo empezaba á blanquear por el oriente; las es-

trellas palidecían perdiéndose en la inmensa bóveda de zafiro; un cuitlacoche con su voz aflautada y sonora cantaba entre las pencas de un nopal; los jilgueros dejaban oir sus cromáticas ascendentes entre el follaje de los guayabos y los fresnos; los gallos cantaban allá abajo entre las casas, y los ecos de las cañadas y las bóvedas de verdura, repetían este concierto en medio del silencio de la noche que iba á terminar.

Una luz brillaba en el campanario de la iglesia, en donde un indio dormitaba esperando la hora de repicar; y el Diablo, oculto detrás de una cerca en lo más alto de las lomas, atisbaba por entre las piedras, mirando con envidia la tranquilidad que respiraba aquel cuadro.

Aquel dia iba á sufrir una nueva humillación con el regocijo de los sanjuaneros, y la Virgen tendría un triunfo más para su corte celestial.

Esto no era tolerable. Muchos años había pasado el pobre Diablo sufriendo las penas del infierno con su situación vergonzosa, y no quería permitir que se repitiera el insulto que cada año acostumbraban hacerle sus ingratos amigos de antaño. Resuelto á tomar venganza de una vez, de todos los que causaban su desgracia, recorrió en su memoria los hechos históricos que más pudieran convenirle, y no tardó mucho en encontrar lo que deseaba.

Sansón, haciendo tortilla á los filisteos, se le vino á la memoria como un ejemplo muy digno de imitación; y dándose una gran palmada en la frente, que á poco más se tira un cuerno, exclamó con el mayor júbilo.

—¡Ahora si! Veremos sí se burlan de mí, virgeneillas de tres al cuarto como la presente. He de ense-

ñar á esta gente indígena que soy hombre de pocas pulgas y que á mi nadie me juega el dedo en la boca. ¿Estamos?

Voy á mandar desde aquí una lluvia de piedras que no han de hallar en donde meterse esos ingratos.

Y diciendo y haciendo, se puso á juntar piedras hasta que formó un cerro que tenia la figura de un cono, y era más alto, sí, mucho más alto que las torres de la Catedral de México.

Pero cuando estaba más ocupado en su operación, en las casitas de abajo empezaron á aparecer algunas luces que demostraban que los habitantes de San Juan se estaban levantando; cosa que el diablo no pudo notar por estar sumamente entretenido en acumular sus medios de venganza. Un rumor sordo se dejó oir, como si hablara mucha gente en el atrio de la iglesia, y cuando menos lo esperaba, vibró en los aires una sonora campanada que daba el toque del alba.

El diablo, que fatigado con su tarea, sudaba ya la gota gorda y se esforzaba en aquel momento por levantar un enorme pedruzco, se quedó inmóvil y dió un agudo grito de dolor, como si el gran badajo de la campana le hubiera golpeado en la rabadilla.

—¡Qué demonio de calambre me ha dado!—dijo, haciendo un gesto y llevándose las manos á la cintura.—¿Cuánto va á que se me ha torcido un nervio del espinazo?

Pero mientras hablaba de esta manera, las campanadas del alba acabaron de sonar y en seguida se escuchó el frenético redoblar de un tamboril y el son alegre de la chirimía, que tocaban á la puerta de la iglesia.

Los cohetes ascendían estallando en el aire, las

campanas repicaban alegremente, y el sol, asomando en el Oriente la octava parte de su disco, teñía de grana y oro las nubecillas que se levantaban de los valles.

Satanás quiso soltar un juramento; pero un ángel que tenia una espada en la diestra y unas balancitas doradas en la siniestra mano, se le presentó de repente diciéndole con tono imperativo:

—¿Qué haces aquí á estas horas? Ya el sol ha disipado las tinieblas, y debes marcharte al lugar en que se recogen en el día. Demasiado permitirte es que durante la noche recorras libremente la superficie de la tierra; con que en marcha, y que no te vuelva á suceder, porque nos veremos las caras.

Y el ángel sacudió su flamígera espada delante de Lucifer, como hubiera podido hacerlo con una escoba; y éste, cerrando violentamente los ojos y meneando la cabeza, le respondió medio enfadado:

—Ya me sospechaba que andarias por aquí. ¡Caramba con el muchachito, que no me ha de dejar á sol ni á sombra! ¿Sabes, hijo, que es mucho molestarme el tuyo? Mira cómo te corriges, porque esta vida que me das es intolerable. ¡Habrá usted visto!

—Intolerable ó nó,—replicó el ángel,—lo es menos que mereces; y debias darte de santos porque infrinjo las órdenes que recibo respecto de tí; pues si llegara á saberlo el Padre Eterno, me habría de echar una peluca de padre y muy señor mio. Válgate que á fuerza de ser tu carcelero te he cobrado cariño, que si nó, ya tendrías tiempo de fastidiarte encerrado en tus cavernas sin asomar ni la punta de la nariz.

—Si sabes bien que no soy ingrato,—respondió Lucifer,—¿á qué viene que la eches de generoso con-

migo? No creas que se me oculta que si me das algunos respiritos en mi condena, no es por tu buen corazón, ni porque te acuerdes de que somos hermanos, sino porque yo también te hago algunos favorcillos cuando los necesitas.

—Sí, ¿eh? ¿Pues qué favores son esos que no los recuerdo?–dijo San Miguel con irónica sonrisa, poniéndose la mano izquierda en la cadera y golpeando el suelo con el pie derecho.

—Nó, ningunos,–contestó el diablo como picado.–¿Cuántas veces te he dejado el alma de un hombre, de un rico que habia vivido entre el oro y la disipación, porque le concedí cuanto deseaba? ¿Cuántas veces has venido con lloriqueos á suplicarme que te cediera, una alma que te interesaba salvar, porque pertenecía á alguna persona de suposición, en cambio de la de un pobre zapatero que no había cometido más delito que ser ignorante y no tener fuerza suficiente para resistir á mi más ligera insinuación?

¿No te parecen favores de importancia esas deferencias que contigo he tenido por ahorrarte una reprensión del Amo de allá arriba?

—¡Calla, miserable!–gritó con indignación el ángel.–No sé como he tenido paciencia para oir tus habladurías. Así sois todos los canallas de allá abajo.

—¡Canalla! ¡canalla! No decias eso cuando era yo primer ministro de tu Amo y Señor; que entonces venias humildito á que te sirviera de empeño con él siempre que te untaban la mano para que consiguieras algo gordo de las regiones del poder. ¡Cuán otro eras entonces! Me hablabas con la risita en los labios y las alas plegadas hácia atrás, en señal de respeto; pe-

ro ahora que estoy en desgracia, vosotros todos me insultais, olvidándoos de que fuí vuestro jefe.

Estaban en esto cuando se escuchó un ruido semejante al que hacen los huracanes cuando se aproxima la tempestad; y á pocos momentos posó cerca del sitio que ocupaba San Miguel, otro angel que traía en la mano una vara de azucenas.

—Ahora te compondrás, Miguel,—dijo el recién venido.—El Tio te ha estado mirando, asomado á su ventana, detrás del sol, y ha puesto cara de vinagre al verte charlar mano á mano con ese mala cabeza. E indicó á Lucifer con el extremo de la vara de azucenas.

—Y tiene razón de incomodarse, Gabriel,—murmuró el aludido;—porque no creas que este espadachín ha hecho algo de provecho hablando conmigo. Harás bien en contar por allá lo que hace en el mundo este soldadillo, que en vez de cuidar de los ejércitos que se le han confiado, viene á insultar al que ve débil y sin defensa, tratándome de canalla solo porque me rebelé contra el que pretende ser el único Señor del Universo.

Yo soy acreedor á ese puestecito, como todo hijo de vecino, y me parece que no es mucho delito aspirar á la parte que me toca de la prebenda.

—Déjale, no le hagas caso—dijo el general celeste á su amigo el de las azucenas;—es un ambicioso vulgar que tiene hambre, y por eso chilla.

San Miguel, hablaba en aquellos momentos como pudiera hacerlo un político de la tierra.

Lucifer no pudo contenerse ante semejante insulto; y montando en cólera, levantó la piedra que tenía de-

lante, y hubiera deshecho con ella á Miguel, si su amigo no se interpusiera tan á tiempo.

—Basta, señores, basta,—dijo Gabriel con voz dulce y persuasiva.—Que termine aquí este disgusto; y para eso voy á llevarte al cielo, en donde nos esperan con impaciencia.

Y diciendo esto arrastró á Miguel consigo, y en un abrir y cerrar de ojos se perdieron en el espacio, caminito de la gloria.

—¡Ya nos veremos más tarde!—dijo Miguel al Diablo en tono de amenaza.

—¡Sí; nos veremos!—contestó éste y se hundió en los profundos abismos.

III

EN EL HOGAR DOMESTICO.

Lucifer llegó á su casa con una jaqueca que se le partía la cabeza; y al verle, toda la servidumbre notó que el patrón iba mal guisado.

Ninguno de los muchos huéspedes de las infernales cavernas se atrevía á levantar los ojos delante de él, y como las ninfas de Calipso, no osaban hablarle, temiendo que el chubasco se desatara sobre su cabeza.

El Diablo entró mirando á todos lados, como lo hacen los maridos impertinentes que buscan algo mal puesto para tener pretexto de regañar; pero, por desgracia suya, en el infierno todo estaba arreglado y listo como un reloj; así es que, mascando la respiración, fue á sentarse en la silla real con profundo abatimiento. Colocó el talón izquierdo en el barrote, el codo del mismo lado sobre la rodilla y la barba en la mano correspondiente. Después estiró la otra pierna á un lado, y fijando la mirada distraída en el suelo, se pu-

so á hacer geroglíficos con su bastón en el polvo del piso, sumido en una distracción profunda.

Todos los moradores del infierno estaban arrinconados sin chistar una palabra; y entre las sombras que pueblan aquel espacio, se veían brillar de una manera siniestra los ojos de fuego de los condenados.

De repente, en lo más lejano de aquellas galerías, se escuchó un sordo rumor de voces, entre las que sobresalían dos de mujer, que disputaban acaloradamente.

Satanás se indignó del atrevimiento inaudito de los que de aquella manera se permitían turbar su meditación, y sacudiendo iracundo la melena, preguntó con voz de trueno:

—¿Quienes son los insolentes que alborotan el cotarro cuando yo estoy pensativo?

—Yo soy, hijo mío,—contestó la Lujuria—porque esta flaca de mi hermana no quiere dejarme llegar á tu presencia.

—¡Envidia!—gritó Satanás.—A tus antros pronto, si no quieres que haga un ejemplar contigo.

La Envidia vió á su favorecida hermana con sonrisa diabólica, y se puso más pálida que de costumbre. Después se fué retirando poco á poco, hasta llegar á un agujero pestilente y húmedo que le servía de habitación, y allí comenzó á vomitar un licor verde y asqueroso, mezclado con pedazos de serpientes y de sabandijas de todas clases.

Todos los condenados, y áun los mismos demonios, se hicieron á un lado con horror cuando ella pasaba, temerosos de que los manchara con su contacto.

Entretanto la Lujuria avanzó triunfante hácia el sitio en que descansaba Satanás.

Era la Lujuria una muchacha cuyo aspecto revelaba á lo sumo quince años de edad, aunque tenía más quinces que pelos en la cabeza. Su estatura era mediana; su color abronzado, teñido en las mejillas de un rosa intenso, como el que presta al rostro el reflejo de una fragua; su frente pequeña, encuadrada en rizadas y espesas guedejas de pelo negro, que le caían ondulando por la mórbida espalda; sus ojos negros y lánguidos, velados por luengas pestañas, despedían miradas incendiarias é insinuantes, que hubieran vuelto loco á otro menos experimentado que el Diablo, y mostraban debajo del párpado inferior una sombra violada que contribuía á darles una expresión *sui generis:* su nariz ligeramente arremengada y su boca de labios rojos y entreabiertos, dejaban escapar una respiración fatigosa y ardiente que levantaba con voluptuosidad su redondo seno. Cintura flexible y delgada; brazos como hechos á torno, y piernas de admirable morvidez, terminadas por pies pequeños y desnudos, completaban aquel conjunto atractivo, en cuya bellelleza había algo de mundano y muchísimo de infernal, aunque irresistible.

La Lujuria avanzó resueltamente hácia Satanás, haciéndole cucamonas y monadas, que parecieron no llamar la atención del rey de las tinieblas; pero la muchacha no se desconcertó por esto, y se acercó al mal humorado monarca hasta echarle el brazo encima del cuello.

Satanás sintió el contacto de aquel brazo suave que le estrechaba contra un seno turgente y virgen, á pe-

sar de todo, pues este era el principal recurso que la muchacha empleaba para sus conquistas, y el incentivo más poderoso que podía ofrecer á sus víctimas; pero Satanás resistió á la tentación de hacerse de miel, porque conocía muy bien que las caricias de aquella chicuela tan atractiva, paralizan los movimientos; que su aliento envenena la sangre convirtiéndola en podredumbre; que sus miradas de fuego embotan la inteligencia y que sus palabras amorosas secan el corazón, haciéndole inaccesible á los sentimientos tiernos y delicados. Así es que apartó, sin mirarlo, aquel brazo que estaba enlazado á su cuello, y gruñó de muy mal humor, temiendo alguna diablura de su favorita.

La chica no se dió por entendida, sino que antes bien redobló sus esfuerzos, y con mucha llaneza fue á sentarse en las rodillas de su señor, y tomándole la ridícula cara con las dos manos, le plantó en la frente un estrepitoso beso de nodriza, en señal de respeto.

El rostro de Lucifer se dulcificó un poco con aquella gracia de la niña, y con voz suave le dijo:

—Vamos á ver, chiquilla, ¿qué es lo que quieres?

—Mira:–le respondió la Lujuria con coquetería y adelantando los labios al hablar–cuando te enfadas, te pones muy feo y parece que tienes al diablo dentro. Nó, no quiero verte así, y vengo á informarme del motivo de tu desazón.

—Son cosas que tú no puedes remediar,–dijo el Diablo suspirando.–Hay allá arriba en la superficie de la tierra una nación que se llama la Nueva España...

—¡Ya la conozco!–interrumpió la Lujuria.–Es aquel país en que tengo dominados de tal manera á todos

sus habitantes, que no hay uno solo que no haya sacrificado en mis altares la tranquilidad de su familia y la honra de otra que no lo es.

—Es cierto. Pues bien, en aquel país hay un lugarcito oculto entre unas lomas y unas cañadas, cuya fertilidad es prodigiosa, por cuya razón establecí en él un templo consagrado á mi culto. Pero has de saber que hay una virgencita de este tamaño, hecha de quiote de maguey, y que á pesar de ser tan pequeñita, me ha echado de mi casa, tomando posesión de ella y de todo cuanto me pertenecía.

—Hijo mio, eso no debe extrañarte, porque cosas más gordas se ven en esa bendita nación de la Nueva España.

Figúrate si serán inteligentes los neo-españoles en eso de apropiarse lo ajeno, cuando que no les bastan las riquezas sorprendentes que encierran sus montañas y sus valles, para saciar su avaricia. Individuos conozco yo que hace diez años no tenian tras qué caerse muertos, y hoy varean la plata, porque sirvieron un destinillo de Hacienda; otros que lograron pegarse á un empleo, y permanecieron en él diez y ocho mil años, dando unas chupadas como si no lo hubieran probado nunca, hasta que la muerte vino á dejarlos cesantes; capitalistas que gastan su vida en atesorar dinero y más dinero, sin hacer bien á nadie, sin viajar, y comiendo y vistiendo como unos pordioseros; médicos que se dedican á curar á la patria por el sistema del doctor Sangredo; porque siendo ignorantes en su profesión, como tú en teología, los enfermos de carne y hueso no les daban ni para el desayuno; literatos, miento, atrevidos que sin conocer la O por lo

redondo, sientan plaza de hombres de letras y fastidian al público lector, con desdichadísimos versos ó enredada é ininteligible prosa: que hacen la crítica de obras que su limitada inteligencia no alcanza á comprender, ó escriben sándias comedias en que la vulgaridad del estilo corre parejas con lo nada interesante del argumento; manifestando una y otra cosa la profunda ignorancia del pretendido autor; pollos mentecatos que hacen consistir su habilidad en embriagarse, en jugar al billar del dia á la noche, en entrar en el teatro cuando ha comenzado la representación, conversando en voz alta durante la ejecución de la comedia y distrayendo á los circunstantes. Estos pollos siguen de una manera tenaz á las criadas, y pretendiendo ser cada uno de ellos un Don Juan Tenorio, se convierte en Juan Lanas; hombres de gula tan insaciable, que se apoderan de la mesa solitos, y maman á dos carrillos hasta reventar de gordos; y como los perros, gruñen al que se les acerca, por temor de que les quite el bocado; militares tan iracundos que matan de un golpe á cuantos pueden, sintiendo sólo que todo el país no fuera como un huevo de paloma para aplastarlo de una pisáda ó comérselo de un bocado; envidiosos que no pueden ver ojos en otra cara y andan á trastazos por desnudarse unos á otros; y, por último, de doce millones de habitantes que dizque tiene el país aquel, ocho y medio son tan dados á la pereza, que con tal de no trabajar, el que no roba, mata; el que no puede entrar en materia con los magnates, les hace cruda guerra porque quiere vivir sobre el país; el que no puede hacer esto, porque su inteligencia no se lo permite, estafa ó pide limosna, y el que no tiene bas-

tante habilidad, bastante valor ó bastante actividad para hacer algo de lo anterior, se deja morir de hambre bonitamente, cuando no se arrastra á los pies de un gran señor y desempeña oficios vergonzosos convirtiéndose en su galeoto. ¿Y con tal conjunto de bellas cualidades extrañarás todavía lo que te ha pasado con la chiquilla que te arrojó de tu templo?

—¿Pero es posible—preguntó Satanás admirado—que en esa tierra no haya un hombre de bien?

—¡Y cómo si los hay! Pero son pocos, comparados con la mayoría de los bribones, y son las víctimas de sus hermanos.

—¿Sabes, muchacha, que eres más ligera de lengua que lo que yo creia? Alguna mala pasada te han hecho los habitantes de Nueva-España, y por eso les tienes ojeriza.

La Lujuria alargó el labio inferior, se encogió de hombros y sonrió desdeñosamente.

—Mas, volviendo á mi interrumpido relato—añadió Satanás—te diré lo que pensaba hacer para vengarme del despojo de que he sido víctima.

—Como no sea una nueva tontería tuya.......

—Ahora lo verás.—Y Satanás refirió á la Lujuria lo de las piedras que pensaba arrojar sobre la población de San Juan, los dimes y diretes que tuvo con el gefe de la milicias celestiales y la vuelta á su domicilio.

—¡Como me lo pensé!—Dijo la Lujuria, dando una patadita en el suelo, con mucha gracia.—¡Te has venido por donde fuiste, dejando que se burle de tí tu rival susodicha!

—¿Y qué querías que hiciera?

—¿Qué? Venirte á tu casa á dar orden de que fue-

ran tus súbditos á concluir la obra que dejaste comenzada, arrojando sobre aquel ingrato pueblo las piedras que reuniste.

—¡Calla, pues tienes razón!—dijo el Diablo, dándose una fuerte palmada en la frente, como lo tenía de costumbre.—¡Cómo no se me habia ocurrido ese expediente!

Y en un sancti amén, dió sus órdenes á la autoridad respectiva, y á poco rato salió por las grietas de la bóveda una legión de diablillos de todos tamaños, que al asomar á la superficie la tierra y volar por los aires, parecian una de esas nubes de mosquitos que nublan la atmósfera en nuestras costas al oscurecer de un dia de otoño.

IV

VENGANZA FRUSTRADA.

El pueblecillo de San Juan estaba todavía en la solemnidad del dia 8 de Diciembre.

Serían las cinco de la tarde, y aunque los rayos oblícuos del sol iluminaban las cimas de las lomas que rodeaban aquel lugar, proyectando sombras largas hasta de las piedras y matas más pequeñas, ya las casas de la población y el fondo de las cañadas, gozaban de una frescura sombría y deliciosa, medio cubiertos por las innumerables copas de los bosquecillos de frutales que se extendían en todas direcciones.

Iba á salir la procesión, y las calles estaban adornadas con lazos de flores y yerbas y regadas en abundancia.

En las puertas y ventanas de las casitas, se veían graciosos festones de yerbas aromáticas bordados de flores; y en tres ó cuatro esquinas se había levantado una enramada de hojas de zapote y de laurel, adornada de banderitas, gallardetes y estrellas de papel calado, entremezclados con animales de carne y hueso, cogidos en la mañana de aquel día y colgados de

la enramada con cintas de colores. Allí podían verse en amor y compañía, y sujetos de las alas, palomas blancas, calandrias de pecho amarillo y alas negras, halcones, gavilanes y otra diversidad de pájaros de hermosos plumajes; y cerca de ellos, ardillas, conejos, coyotes pequeños, armadillos y aun algunos ejemplares de esa primorosa culebrita cuya mordedura es mortal, y que lleva el nombre de coralillo.

Debajo de estas enramadas, de un adorno tan original como espantoso, debería ser colocada la Virgen mientras se cantaran los misterios del Rosario que se había de rezar durante la marcha de la procesión.

Todos los habitantes de San Juan, muy puestecitos de limpio, lucían sus ropas domingueras, porque aquel era un día grande,—y hasta la iglesia quitaba la vista con sus adornos y sus primores.

En el cuerpo de la nave y al pie de los altares, se veían, desde la misma Virgen de San Juan, enemiga de Lucifer, hasta el último santo, colocados en andas adornadas con gasas y cintas.

El padre capellán se paseaba en el atrio de la iglesia, y daba voces al indio campanero y demás que estaban con él, para que echasen á vuelo las esquilas y dieran el último repique para la procesión.

Comenzaron á agitarse las campanas por tercera vez; el padre entró en la sacristía para revestirse, y á poco comenzó á salir la procesión, en medio de una verdadera nube de cohetes que estallaban en el aire, y del estampido de las cámaras, que tronando á un lado de la puerta de la iglesia, lanzaban grandes círculos de humo que crecían al ascender, girando sobre sí mismos.

Abrían la marcha dos indios que con el sombrero colgado á la espalda, tocaban el pito y el tamboril; detrás de ellos seguían algunos niños, indígenas también, con cestitas llenas de flores que iban regando al andar; en seguida otros dos indios que tocaban á duo melancólicas sonatas en flautas de carrizo; después, seis ú ocho inditas de doce á catorce años de edad, quemaban incienso, copal, romero y salvia en unos braserillos de barro, precediendo la cruz alta y los ciriales; y por último, dos hileras de gente con velas encendidas, llevaban en el centro á las Imágenes que eran conducidas en hombros. Cerraba la comitiva Nuestra Señora de San Juan, elevada sobre unas andas en forma de pirámide, imitando una nube; al pié de la cual iban arrodillados y con las manos enclavijadas, en actitud de orar, dos primorosos angeles de madera; escoltando á la Virgen el padre capellán, que bajo un palio de damasco de lana azul y blanca, revestido de capa pluvial y acompañado del cantor, se pavoneaba muy satisfecho al guiar el rosario en alta voz para ser oido de los acompañantes.

Los cohetes tronaban sin cesar; las campanas se hacían lenguas, y todo el pueblo se hallaba reunido en la calle por donde marchaba la procesión.

Oportunidad mejor que aquella no podía presentarse á Satanás para satisfacer su venganza; así es que, luego que los diablillos que componían la legión encargada de ejecutar la orden del Rey de los abismos, vieron que era tiempo de comenzar á arrojar sus piedras, se dirigieron al montón de ellas que el diablo había formado, con ánimo de soltar la granizada; pero ¿cuál sería su sorpresa al ver que la mayor era como

una naranja; habiéndose convertido todas aquellas rocas en unas bolitas blancas y ligeras, formadas de un polvo suave como la magnesia de la botica? Sin embargo de esto, no desistieron de su propósito, é intentaron lanzar una hácia abajo; pero al tiempo de tomarla en las manos se les desmoronó, quedando otra más pequeña en su lugar, y repitiéndose esta operación, hasta reducirse al tamaño de un grano de mostaza.

Todo el cerro que el Diablo había formado con los mayores peñascos de aquellos contornos, quedó reducido á una aglomeración de confites de diversos tamaños, que maldito para lo que servían; y él que expresamente había salido del infierno para gozarse en su obra de destrucción, echó tres juramentos como una casa y se fue á sus abismos seguido de su malaventurada legión, diciendo para su coleto:

—¡Tómate esa, bribón, tómate esa! Eso sacas con andar poniéndote enfrente del poder, creyéndote con elementos suficientes para hacerte temer de los que tienen el pandero en las manos.

Te ha sucedido, pedazo de bruto, lo mismo que á los periodistas de oposición, que lo más que consiguen es ponerse en ridículo con sus declamaciones, demostrando su impotencia á todo el mundo, sin que al gobierno se le dé un ardite de sus furores y de sus derrames de bilis. Eres el bestia más bestia que he conocido, y merecerías comer paja.

En el mismo instante se vio en lo más alto del cielo, un grupo formado por los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael que descendían sobre el Cerro de las

Bolitas, y les comunicaban virtudes medicinales contra toda clase de enfermedades.

Desistió por entonces Satanás de vengar el ultraje y el despojo de que había sido víctima; y para no ir á dar otro golpe en falso, se encerró en su palacio á meditar con detenimiento un plan seguro que dejara satisfechos sus malignos propósitos.

Entretanto el culto de la Virgen siguió tomando más boga; y el pobre Diablo lloraba en silencio su impotencia; pero la Envidia, que tenía grandísimos deseos de hacer perder á su hermana la Lujuria la estimación de su padre, se echó á pensar un medio más eficaz que el que ésta había propuesto; y luego que hubo madurado su proyecto, se lo comunicó á Satanás quien saltó de contento, y de una manera muy reservada dió sus instrucciones á todos los moradores del infierno.

Se necesitaba una metamórfosis muy difícil de ejecutar para poner en planta lo discurrido por la Envidia, que consistía en convertir en polilla á todos los demonios para que fueran á comerse á la Virgen sin ser sentidos, y esto no podía ser hecho por Lucifer, por la sencilla razón de que uno podrá hacerse mayor por el orgullo y la soberbia, pero nunca rebajarse al grado de tomar la forma y las dimensiones de un insecto.

Por esto el rey de los infiernos llamó á la autora del proyecto, y le dijo:

—Hija mía, has discurrido una cosa como tuya, pues para satisfacer tus odiosos instintos, empleas medios que otro cualquiera desdeñaría desde luego. Tú buscas siempre la manera de causar daño sin

que te sientan; hieres en la sombra y no desprecias ningun recurso, por vergonzoso que sea, si te ha de dar el resultado de humillar á otro, aunque tengas que arrastrarte para ponerlo en obra.

Tu discurso me parece inmejorable; pero tienes tú, que me aprieto las manos y me devano los sesos sin saber cómo he de transformar á mi gente en esos gusanillos miserables: tú que has hallado este medio seguro de destruir á mi rival, encárgate de resolver esta dificultad con que tropiezo.

La Envidia sonreía solapadamente de una manera diabólica al oir las palabras de su padre, y llena de una necia satisfacción, dijo á Lucifer:

—Si me hubieses encargado tu venganza desde el principio, ya estuvieras á punto de verla concluida; pero preferiste los consejos de esa arrastrada de mi hermana y ya ves el resultado brillante que han tenido.

Para mí es una cosa muy sencilla lo que deseas, y vas á verlo en el acto.

Y volviéndose hácia los innumerables demonios que estaban reunidos delante de Lucifér, arrojó sobre ellos su baba verde y pestilente.

Una agitación horrorosa conmovió á los demonios al contacto de aquel veneno; y sus formas se fueron reduciendo y cambiando hasta quedar convertidos en un enjambre de gusanillos imperceptibles.

V

MILAGROS.

Corría el año de 1625, y ya la pequeñita Virgen de San Juan estaba hecha un harnero, porque la polilla infernal había horadado su cuerpo en todas direcciones, convirtiendo todo el quiote de que estaba formada, en un laberinto de agujeritos.

Lucifer gozaba con triunfo tan espléndido, y se daba mil parabienes por la feliz idea de la Envidia que lo había desembarazado de su aborrecida rival.

La iglesita del Hospital se había quedado sin patrona, pues el Br. D. Juan Contreras Fuertes, Beneficiado en aquel entonces de la capellanía de S. Juan, juzgó conveniente quitar del altar aquella imagen que en corto tiempo se había destruido de modo tan completo; y dispuso que fuera trasladada á la sacristía para evitar que ensuciara el altar con el polvo que arroja-

ba por los innumerables agujeritos hechos por la polilla.

Era sacristán del Hospital un indio llamado Felipe Santiago Shocote, (1) y entre él y su mujer, Ana Lucía, sacudían y arreglaban diariamente los santos, ornamentos y demás cosas de la iglesia.

Marido y mujer vivían en la mejor armonía, y como gente piadosa y buena, jamás tenían disgustos sérios; pero Felipe Santiago perdió la paciencia al ver que el Beneficiado Don Juan, entró en la iglesia á decir su acostumbrada misa, y encontró á la Virgen en el altar, contra la orden expresa que había dado de que fuera llevada á la sacristía.

El capellán riñó á Felipe por su desobediencia, y le mandó que inmediatamente volviera á llevar á la Virgen á la sacristía, cuya orden fué ejecutada al pie de la letra; pero sucedió que á la mañana siguiente vuelve el Capellán á encontrarla en el altar, y vuelve á reprender á Felipe Santiago por su reincidencia en desobedecerle, amenazándolo con castigarlo severamente si aquello se repetía.

Felipe era hombre pundonoroso, y llorando de vergüenza, se fué á ver á Ana Lucía para contarle lo sucedido.

—Ya ves, Ana Lucía—le dijo—que jamas te doy en qué sentir, y es muy triste que tú *me busques un loro* todos los días con el padrecito, por no hacer lo que yo te mando.

Ahora ha vuelto su merced á regañarme porque la Santísima Virgen estaba de nuevo en el altar: yo la

---

(1) [illegible] y ciruela.

he llevado con mis propias manos á la sacristía, y si no eres tú, no sé quién haya podido volver á ponerla en la iglesia.

—Por esta luz, que no he sido,—respondió Ana Lucía á su marido;—y te prometo que todos los días iré yo misma á abrir la iglesia para ver en qué consiste esto.

La cosa era muy sencilla en la apariencia, pues con cerrar las puertas con cuidado no habría miedo de que nadie fuera á cambiar á la Virgen del lugar en que debía estar; así es que el sacristán y su mujer, sin fiarse de nadie, cerraron con tranca y llave la puerta de la iglesia, registraron después todos los rincones para ver si alguien se quedaba oculto, y convencidos de que todo estaba en seguridad, se fueron á su casa tranquilos.

A la mañana siguiente volvieron los dos juntos para ver, antes que el Capellán, si la Virgen estaba en la sacristía, y se quedaron sorprendidos al encontrarla de nuevo en el altar, sin que nadie hubiera entrado en la iglesia durante la noche.

Los dos creyeron desde luego que aquellos viajes se ejecutaban por obra de milagro, y desde entonces comenzaron á venerar á la Santa Imagen con mucha devoción, recurriendo á ella en todas sus necesidades.

Otra cosa notable había pasado en San Juan durante este tiempo, y es que, la polilla que destruyó casi por completo á la Virgen, invadió todos los sembrados en tanta abundancia, que los frutales, las plantas y hasta la yerba de los campos se secaron completamente, quedando convertidas las fértiles cañadas

del pueblo en áridos terrenos cubiertos de jal, (1) pues el diablo quiso vengarse no solo de la Virgen sino también de los indios, que tan mal habían pagado su antigua protección.

Por aquel tiempo llegó á San Juan una familia de maromeros, de paso para Guadalajara; y queriendo dar allí algunas funciones para sacar de su producto los gastos del viaje, el padre de la familia, que era el director, se puso á ensayar á sus dos hijas pequeñas en varias lucidas suertes que debían ejecutar, contándose entre estas la de una voltereta sobre unas dagas puestas con la punta para arriba.

Los primeros ensayos fueron felices; pero al llegar á la suerte mencionada, que era la más peligrosa, una de las niñas saltó sobre una tabla que tenía uno de sus extremos apoyado en una piedra y el otro en el suelo, y dando la vuelta en el aire para saltar las dagas que estaban atadas á un morillo, cayó sobre éstas y se le encajaron en el pecho, dejándola muerta en el acto. El maromero y su mujer atronaron la casa con sus lamentos, y atraidos por ellos acudieron muchos indios compadeciendo aquella desgracia. Ana Lucía, la mujer del sacristán, se encontraba en la reunión, y dijo á los maromeros, que si la *Ahuapili* (2) quisiera curarla, la tendrían viva á su lado. Grande fue la alegría de los maromeros al ver tan cerca de sí el remedio de su aflicción, y rogaron encarecidamente á la india que interpusiera sus ruegos con la Virgen para que les concediera aquella señalada merced; pero había una grave dificultad que no podía ser vencida, y

[1] Piedra pomez.

(2) Señora, en idioma mexicano.

era que el sacristán Felîpe Santiago, habia ido á una confesión á un pueblo cercano, acompañando al Padre Capellán, y como él tenia la llave de la iglesia, no podia Anna Lucía ir á hablar con la Ahuapili.

Mucho se desconsolaron con esta nueva fatal los infelices maromeros, y como hacía algun tiempo que su hija estaba en medio del corral, cubierta de sangre y en una postura poco conveniente á un difunto, determinaron cambiarle ropa y tenderla, poniéndole cuatro velas como es uso y costumbre muy antigua. Cuando la muchacha estuvo amortajada convenientemente, fué ligada por encima con unas bandas de seda, en medio del llanto más copioso y desconsolado.

Era ya la caida de la tarde de aquel funesto dia, cuando volvió Felipe Santigo, y en el acto que lo vió su mujer, hízo que sacara á la Virgen de la sacristía á que habia sido relegada, y la llevaron á la casa del maromero.

Cuando entraron en la habitación en que yacía sin vida la desgraciada niña, Anna Lucía acercó la pequeña imagen al cuerpo de la muerta, y en el mismo instante se levantó ésta como si nada le hubiera pasado.

A la consideración de ustedes dejo las muestras de alegría que darían por este milagro aquellos pobres artistas—como se diria hoy—al ver á su hija sana y salva, no quedando más huella de la desgracia pasada, que las dagas y las ropas ensangrentadas. Y deseando corresponder á tanta bondad de la Virgen, solicitaron de Anna Lucía que les permitiese llevarla á

Guadalajara, adonde se dirijian, para darla á un escultor que la retocase.

A gloria supo aquella petición á la mujer del sacristán, pues no tenía otro deseo que ver á su Ahuapili limpia de los perversísimos insectos que la habían devorado, dejándola en un estado tan lastimoso, y accedió gustosa á ella.

Los maromeros siguieron su camino llevándose aquel tesoro, y llegaron á Guadalajara á los seis dias, cuando ya era avanzada la noche.

No bien habían entrado en el mesón en que se alojaron, cuando llamaron á la puerta, y una voz armoniosa y varonil preguntó desde fuera si había algún santo viejo que retocar. El maromero vió aquel acontecimiento como cosa providencial, y no queriendo retardar por más tiempo la compostura de la Virgen, se envolvió en una manta y salió á ver al escultor que el cielo le enviaba.

Al abrir la puerta, se encontró con dos gallardos mancebos, cuyas dulces miradas y melodiosa voz le cautivaron el alma, y sin vacilar puso en sus manos la milagrosa imagen.

La operación de componer la Virgen era difícil por cierto, y en ella debería tardar el mejor escultor cuando menos ocho dias, porque había que hacerla casi de nuevo; pero ¡cuál seria la sorpresa del maromero cuando á la mañana siguiente, antes de que se levantara, oyó que los mancebos de la noche anterior hablaban con su mujer, diciéndole que allí le llevaban la obrita! La mujer entró en el cuarto en que estaba su marido, llevando en triunfo á su protectora, que

hacia visos como nueva y quitaba la vista de lo brillante; y el maromero, lleno de gratitud y admiración, y sin darse cuenta de la prontitud del trabajo, salió presuroso á preguntar el precio de aquella admirable compostura; mas cuando llegó á la puerta, los escultores habían desaparecido, dejando en su lugar un gratísimo perfume que parecía venir de los cielos.

El historiador Mota Padilla, que nos ha proporcionado los datos acerca de la Virgen de San Juan, refiere de la manera siguiente la vuelta del maromero, y describe á la Virgen como se verá á continuación.

"Gozoso el maromero de la belleza de la imagen, volvió en persona al pueblo y la entregó á los indios, refiriéndoles su renovación y modo, y desde entonces la colocaron en el altar mayor, y comenzó á divulgarse la fama de milagrosa, acudiendo de todo el reino á venerarla. El rostro de esta Sacratísima Imagen es aguileño, los ojos grandes, rasgados y negros' el color encendido–trigueño, y algunas veces se deja ver pálido y también denegrido, y otras tan lleno de resplandores, que no se le distinguen les facciones; nacen las luces de una estrella que se le ve, ya en la frente, ya en la barba, y lo que más nos admira es, que al mismo tiempo la miran unos de un color y otros de diverso. Pará tenerla preservada y tocarla con decencia, está adentro de un vaso de plata que le da algún más cuerpo, hasta media vara."

Hasta aqui el historiador.

Y como los prodigios de la Virgen se repitieran con mucha frecuencia, á partir de aquel dia se vieron

llegar innumerables personas que iban en romería al templo de San Juan, á cumplir votos ofrecidos en cambio de algun beneficio, ó á implorar auxilio y protección en sus necesidades y congojas, pagando con cuantiosas limosnas las bondades infinitas de la Soberana Señora.

FIN DEL PROLOGO.

CAPITULO I

PRIMAVERA DEL ALMA.

—¡Muchacha, que ya amanece y tú estás todavía como en el primer sueño!—decía, sentado sobre la cama y poniéndose la camisa, Pedro el molinero, el rico más rico del pueblo de Atotonilco el Alto, cuya fertilidad es el pasmo de cuantos le visitan; y seguía murmurando entre dientes su oración matinal.

El silencio de la noche comenzaba á turbarse por el concierto sublime de los campos; y por la ventana abierta del cuarto en que dormia Pedro, entraba el rumor confuso de mil armoniosos ruidos; llevado en las ráfagas del viento de la mañana que, impregnado de los aromas silvestres, iba á embalsamar la habitación.

Pedro descubria desde su lecho, limitado por el marco de la ventana, un pedazo de cielo trasparente

en que brillaban aún algunas estrellas, y la parte superior de las oscuras copas de los árboles que crecian á la orilla del rio, mecida suavemente por el viento.

Los silbidos aflautados de los zanates, el sonoro canto del churío y de las calandrias; el cuchicheo de los gorriones y el suave y apenado piar de las chirinas, formaban un coro armonioso que era acompañado por el triste balido de los rebaños, el lejano bramar de las vacas en los corrales y el manso susurrar del rio, que arrastraba sus frescas aguas entre las pintadas guijas de su cauce.

Pedro acabó de vestirse y de rezar á la vez; y después de volver á llamar á su hija, fué á ponerse de codos en la ventana, á esperar que aquella saliese de su cuarto; y aunque estaba acostumbrado á levantarse con los pájaros, y veía todos los dias ese espectáculo grandioso de la naturaleza, que se llama la alborada que siempre es nuevo para el que le contempla, no pudo menos que aspirar con delicia el aire que penetraba por su ventana, impregnado del aroma suave del tlacistle que crece á la orilla de las cercas y los vallados, del toloache de negras hojas y flores blancas que cubre los barbechos, y del perfume delicioso con que embalsama las llanuras la flor del huizache, esa pequeña borla de oro que cubre completamente el arbusto que la produce.

Pedro permaneció largo rato en aquella posición, viendo borrarse las estrellas en el azul del cielo, que se hacía cada vez más claro, hasta que su hija dijo á sus espaldas:

—¿La mano, señor padre?

—Dios te haga una santa,—le contestó el molinero retirándose de la ventana y alargándole la mano derecha que ella besó con respeto.

María del Amor Hermoso tenía quince años; es decir, era un botón de rosa que comenzaba á abrirse al calor benéfico de su virgen corazón; y el mundo se presentaba á sus ojos engalanado con todos sus primores, ofreciéndole un porvenir venturoso y feliz. La vida era para ella una sucesión no interrumpida de placeres; y amada por su padre hasta el delirio, veía extenderse ante su atónita vista un risueño panorama, un horizonte de color de rosa que la hacía vivir descuidada, creyendo imposible que hubiera en el mundo una sola persona que no disfrutase como ella de una inmensa felicidad.

Pedro era rico, muy rico en tierras de labor y en ganadería, y todo cuanto ganaba con su trabajo personal y todo cuanto le producía su hacienda, era consagrado á su hija; procurando unir el atractivo del oro á los muchos con que la naturaleza la había pródigamente engalanado. ¡Debilidades humanas!

La vida que llevaban el molinero y su hija, era la más envidiable que imaginarse puede, pues poniendo una y otra sus cinco sentidos en hacerse felices recíprocamente, no temían que la más ligera nube de disgusto viniera alguna vez á empañar el cielo sereno de su existencia.

María había sido consagrada al nacer, á la Virgen del Amor Hermoso, cuyo nombre llevaba, para que su santa protección alejara de su techo las malas horas que pierden á las niñas y causan su desgracia eterna; y según todas las apariencias, la Virgen había

correspondido de una manera satisfactoria á la fe con que la niña le fué ofrecida.

Conocidos estos antecedentes, ya no se extrañará la dicha de que disfrutaba aquella pequeña familia, haciendo partícipes de ella á cuantos la rodeaban.

El que vive feliz no puede menos que tener un corazón bueno y generoso, que sufre con los males agenos á falta de los males propios, procurando remediarlos inmediatamente que llegan á su noticia; así es que, llevando una vida honrada y siendo útil siempre á sus semejantes, atrae sobre sí las miradas de los demás, quienes á fuerza de mirarle acaban por imitar sus costumbres y por contagiarse con sus virtudes y su dicha.

Con razón dicen que el ejemplo es de funestísimas consecuencias cuando es malo, y fecundo en toda clase de bienes cuando es bueno.

Pedro era generoso con todos los necesitados, vivía feliz y tenía siempre palabras de consuelo para todo el que sufría, y por consiguiente, las personas que habitaban las dependencias del molino, eran á su vez buenas y generosas, y ninguna de ellas hubiera cometido una mala acción, por no tener que bajar los ojos avergonzada, delante del hombre que daba trabajo á sus manos, y paz y tranquilidad á su espíritu.

El molinero se levantaba todos los dias con la alborada, y después dc bendecir á su hija, bajaba de su habitación, que estaba en la parte alta del molino, para asistir á los trabajos dc la casa.

El dia en que le conocen nuestros lectores hizo lo de costumbre, y bajó á los corrales de la ordeña, en

donde los mozos tenían ya las vacas atadas de las patas, y llenaban de blanca y espumosa leche grandes canoas de madera hechas de troncos de árbol ahuecados con la azuela. Los becerros, sujetos al pescuezo de las vacas con una cuerda corta, bramaban con tristeza al ver que aquellos crueles é injustos hombres, que podían comer de todo, les robaban la leche que era su único alimento.

Toda la gente del molino se descubría con respeto cuando Pedro pasaba, dándole los buenos días, y Pedro correspondía el saludo con benevolencia y cariño.

María, entretanto, quedó sola en la casa acompañada de Isidra, criada antigua que la había visto nacer y que le profesaba cariño maternal.

Cuando bajó su padre, la niña tomó un cántaro y salió de la casa con dirección al río.

María era rubia y llevaba dos grandes trenzas de color de oro sueltas á la espalda, llegándole más abajo de la cintura; sus ojos eran grandes y expresivos, y de un azul celeste que hacía dulce y tierna su mirada; su nariz, graciosa y su boca, del color de la amapola. Vestía enaguas de balleta roja con corte de indiana amarilla: camisa alta de algodón con mangas abotonadas en las muñecas, y botines de gamuza negra.

Ya el sol había aparecido en el horizonte y derramaba su tibia luz por los fértiles campos; los pájaros cantaban alegremente en las ramas de los arbustos y los matorrales, y por las lejanas veredas se veían los rebaños y la torada conducidos por los pastores.

María llegó á la orilla del río, y poniendo el cánta-

ro sobre la fina arena, se sentó al pie de una corpulenta higuera de rugoso tronco, dando miradas impacientes á través de los jarales de la orilla opuesta.

Aguardó un largo rato, y no viendo aparecer á la persona á quien esperaba, exhaló un hondo suspiro, y tarareando en voz baja una cancioncilla cuyos versos no tenían ninguna intención, tomó de nuevo el cántaro, se puso de rodillas sobre una gran piedra, y se inclinó para llenarlo en un remanso, cuyas tranquilas aguas dejaban ver las arenas del fondo y una multitud de pececitos pequeños, que entraban y salían constantemente en el hueco que dejaba la piedra sobre que se había inclinado; pero en aquel instante y cuando el cántaro comenzaba á *gluglutear* (1) al llenarse de agua, una voz fresca, vibrante y varonil, resonó entre los jarales de la margen opuesta del río, cantando con timbre melancólico y apasionado:

Las estrellas del cielo
Me son testigos
De las noches que paso
Dando suspiros,
¡Ay! que me cuestan
Más suspiros que rayos
Dan las estrellas.

—¡Ay, Madre mía de mi alma!—Exclamó la muchacha al oir la voz, poniéndose pálida como la flor del durazno, llevándose las dos manos al corazón y dirigiendo al cielo una mirada radiante de felicidad.

El cántaro quedó abandonado en el remanso con el gollete sumergido en el agua y balanceándose á uno

---

(1) Si este verbo no existe, debiera existir, y lo deslizo aquí con perdón de la Academia Española.

6

y otro lado más lentamente que el corazón de María al palpitar en aquellos momentos.

—¡Amor, Amorcita mía.—Dijo apareciendo entre los jarales Mauricio el arquitecto, que era un guapo mozo de diez y ocho años, de tez morena y limpia, ojos negros, nariz roma y boca roja dispuesta siempre á reir.

—¡Anda, pícaro!—le respondió María—que me has dado un rato....

—¿Por qué, pedazo de mi alma?

—¿Cómo por qué, cuando hace una hora que te estaba esperando y no venías?

¿Te parece que no es malo que me hagas aguardar causándome disgusto, y haciendo que mis ojos se llenen de lágrimas y me ponga fea?

María se cubrió el rostro con el delantal en actitud de llorar.

Mauricio atravesó el río saltando sobre las piedras y vino á caer de rodillas cerca de la muchacha.

—Aquí estoy, alma mía,—decía Mauricio lleno de aflicción. —No llores; mira que tus lágrimas me causan tanto dolor, que quisiera no haber nacido cuando te veo así.

—Embustero,—le dijo María retirando el delantal y dejando ver á Mauricio su semblante risueño.

—¿Que no es verdad? Que Dios me envíe alguna desgracia si te miento.

—¿Entonces, por qué no venías?

—Sí venía; si estaba detrás de los jarales desde antes de que llegaras tú, y buen trabajo que me costó quedarme escondido luego que te vi; pero quise ver

si me buscabas y la cara que ponías no viéndome llegar.

—¡Ya lo ves!—Respondió María haciendo un movimiento de enojo.—Así son los hombres; les gusta hacer sufrir á las pobres muchachas, y eso que dicen que las quieren. ¡A que nunca te hago yo eso! ¡ni cómo lo había yo de hacer! Dios me libre de que por mi causa tuvieras nada que sufrir.

—Eso es porque eres buena, luz de mis ojos; y porque te basta saber que yo te quiero para estar contenta; pero nó porque me quieras más que yo á tí.

No sé lo que me pasa; pero cuando tú me hablas y me dices cosas tan bonitas con esa boquita de angel; siento como que soy otro, no quisiera que acabaras nunca, y hasta tus regaños me gustan. Ignoro en qué consiste esto, pero ha de ser porque tú eres más viva que yo.

—Sí, háblame ahora de vivezas para disculparte: como si yo no supiera que el corazón es un maestro que, sin que lo sepamos, nos enseña lo que hemos de hacer para no disgustar á las personas que queremos.

¿Piensas acaso que yo estudio mis palabras y mis acciones contigo ó que alguien me las aconseja? Pues no señor, porque yo digo y hago lo primero que se me ocurre, y nunca se me ocurre nada malo. Dijo María con la vista fija en el suelo, y estrujando entre sus dedos una esquina del delantal.

Mauricio veía en las palabras de su amada un amargo reproche por su pasada conducta, y sentía en el alma el arrepentimiento más sincero; así es que no hallando que replicar y no pudiendo permanecer callado, dijo á María con voz conmovida:

—¡Qué! ¿Me guardas rencor todavía?

—Nó, hijo, nó te guardo rencor, pero siento que me des estos malos ratos.

—¿Quieres que haga una cosa?

—¿A ver?

—Que le diga á tu padre que nos queremos, para que de una vez acaben nuestras penas.

—¡Dios me libre, Mauricio! ¿Piensas tú que mi señor padre vería con buenos ojos nuestro cariño?

—¿Y por qué no lo había de ver?

—Porque siempre me está diciendo que no haga caso de lo que me digan los hombres, porque son muy malos y engañosos; que si me dicen que soy bonita, no los crea porque tratan de engañarme, y si me dicen que me quieren. es porque pretenden engañarme también.

Dime ahora si tengo razón para querer que no le digas nada.

Mientras esto pasaba á la orilla del río, Isidra, la criada de Pedro, había preparado el almuerzo y puesto la mesa en disposición de servirlo; y al oir que la rueda del molino había comenzado á andar, y viendo qne María no volvía del río, se asomó á la ventana y la llamó poniéndose las manos á los lados de la boca á manera de bocina.

La voz de Isidra sacó á los amantes de su arrobamiento, y se despidieron violentamente.

Mauricio atravesó de nuevo el río y se perdió entre los jarales; María acabó de llenar el cántaro y poniéndoselo en el hombro se dirigió á su casa, no sin temor de que su padre la hubiese visto y la repren-

diera por haber hablado con un hombre, contra lo que e tenía prevenido.

Al escuchar el molinero la voz de Isidra que llamaba á María, salió de una de las bodegas en donde estaba entregando á los trabajadores unos sacos de trigo para la molienda, y se puso á observar lo que pasaba. En el momento de pararse en la puerta que daba al río, María se inclinaba á llenar el cántaro, y Mauricio desaparecía entre los jarales, y Pedro dijo para su coleto:—Ya me lo temía. Con razón de algún tiempo á esta parte la oigo hablar cuando duerme, y no está alegre como ántes, y suspira mirando correr el agua,

Y en seguida acabó de entregar el trigo á los trabajadores y subió á su habitación pensativo.

CAPITULO II.

MAURICIO EL ARQUITECTO.

La parte Norte de Atotonilco el Alto, se asienta sobre la falda de los cerros que encajonan por aquel lado la población, formando una fertilísima cañada, cuya vegetación vigorosa tapiza completamente el terreno. Las plantas silvestres muestran en sus brillantes follajes todos los tonos del color verde; y en medio de aquellas flotantes tapicerías salpicadas de flores, se ve blanquear el estrecho sendero que baja serpenteando hasta las primeras casas.

Las huertas de frutales y de flores que se extienden por aquel lado, forman un bosque delicioso, cuya frescura y perfume hacen del barrio un verdadero paraíso. Las fuentes que brotan en el cerro, descienden en transparentes arroyos que corren rumorosos por todas las calles de esa parte de la población, cu-

yas casas están unidas unas á otras por espesas arboledas y cercados de flores y rosales, perdiéndose á la vista, medio ocultas en la frondosidad del ramaje.

En una de estas casas, que más que tales parecen nidos de calandrias, vivía Mauricio en compañía de una prima suya, joven de veinte años, llamada Máxima; la que á pesar del parentesco sentía por Mauricio un afecto que no era precisamente lo que se llama amor fraternal.

Máxima cuidaba de la ropa de su primo, y padecía, casi ordinariamente, distracciones muy notables al repasarla, pues no había un solo día en que no tuviera necesidad de ponerle un botón en el cuello de la camisa, y esto cuando ya Mauricio la tenía puesta.

El reía grandemente de los descuidos de Máxima, y no caía en la cuenta de que eran intencionales, para tener ocasión de darle unos pellizquitos cariñosos en el pecho, mientras duraba la sesión de costura que Máxima procuraba alargar cuanto era posible.

Mauricio era muy querido en todo el barrio, y su compañía buscada por los jóvenes de la vecindad, en razón de que gozaba siempre de un humor envidiable. Su carácter franco y jovial le había conquistado las simpatías de cuantos lo conocían, y las muchachas de los contornos se morían por él, y le esperaban asomadas á los cercados para regalarle flores ó frutas cuando pasaba. Mauricio pagaba con una sonrisa ó una chanza aquellas dádivas, haciéndose el desentendido á las miradas que las muchachas le dirigían revelando el sentimiento que las guiaba.

Entre todas las mozas de aquel barrio, no había una sola que contara haber sido galanteada formal-

mente por Mauricio, de donde nació la idea de que el joven amaba á su prima Máxima, por más que ella lo negára á sus vecinas cuando éstas se lo preguntában.

Al principio, Máxima no sentía la menor afición por Mauricio; pero los díceres de las muchachas del barrio y las preguntas maliciosas que le hacían á este propósito, acabaron como sucede siempre, por engendrar en el inocente corazón de la prima, un amor cuyos efectos comenzó á sentir muy pronto.

El molino de que Pedro era dueño, estaba sitnado fuera de la población y al Sur de ella, y por esta causa nadie llegó á saber lós amores de Mauricio y María, hasta que Máxima vivamente interesáda en averiguar la causa del desvío de su primo, y alarmada por las salidas de este ántes de amanecer, se propuso seguirle y descubrió las entrevistas que tenían á la orilla del río.

Su corazón no pudo resistir á aquel descubrimiento, y el afecto tranquilo y dulce que sentía por Mauricio se convirtió en pasión violenta, que le causaba los mas horrorosos sufrimientos.

Desde aquel día se hizo menos comunicativa, perdió el hermoso color de sus mejillas, y comenzó á adelgazarse rápidamente.

Un fenómeno raro se verificó en ella, y fué que comenzó á decir á sus amigas que el desvío y la indiferencia que Mauricio les manifestaba, provenía de que éste le había consagrado su corazón hacía mucho tiempo.

Lo que impulsaba á Máxima á mentir, era hacer

que su primo se fijase en ella, por lo que oyera decir á sus amigos; contrayendo consigo misma el compromiso formal de conseguir el afecto de Mauricio á toda costa, impelida por su amor y por sus celos, so pena de quedar en ridículo.

Un domingo en que Mauricio acababa de volver de su entrevista con María, pidió á Máxima su ropa limpia, y como de costumbre, faltó el botón del cuello; y mientras la muchacha se lo cosía, Mauricio le dijo con afectuoso acento:

—Hace ya algún tiempo, Máxima, que te veo triste y séria conmigo; te has puesto descolorida, y rodea tus ojos una sombra negra que me alarma. ¿Qué tienes? ¿por qué te vas enflaqueciendo como si estuvieras enferma ó como si alguna pena te robara la alegría?

Máxima era hermosa, con esa hermosura asiática que es tan común en nuestra raza, y que tiene tanto atractivo; y al oir las dulces palabras de su primo, sus mejillas se bañaron en una suave tinta de rosa, sus grandes y negros ojos brillaron de una manera desusada, y su pequeña boca se contrajo por una sonrisa de felicidad, descubriendo dos hileras de finísimas perlas.

Máxima había concebido en un instante, la loca esperanza de ser amada de su primo, y tomaba, como dictado por el amor, el interés fraternal que manifestaba Mauricio en sus palabras.

—¿Que qué tengo? Nada. ¿No ves que estoy contenta, que me rio, que soy muy feliz?—Respondió Máxima, abandonando la aguja, y tomando entre las

suyas la mano de su primo que estrechó contra su corazón.

—¿Qué pena puede afligirme—continuó, con los ojos arrasados de lágrimas—si te tengo á tí, que me quieres mucho? ¿No es verdad que me quieres? ¿No es verdad que no vivirías tranquilo si yo fuera desgraciada?

—¡Quién lo duda! Pero tú me engañas; me dices que estás contenta, y tus ojos lloran; que te ries, y al través de tu risa descubro algún pesar oculto; que eres dichosa, y tu voz está conmovida, y tiembla, y tus palabras son sollozos. Díme,—añadió Mauricio—¿hay alguien que te haya engañado, que se haya burlado de tu corazón? Dímelo pronto, y te aseguro que le pesará el haberlo hecho.

Estas últimas palabras desgarraron el ténue velo de felicidad en que por un instante se vió envuelta la infeliz Máxima; y sobreponiéndose á sí misma se irguió repentinamente, y limpiándose con el reverso de la mano las lágrimas que temblaban aún en sus pestañas, acabó de coser el botón, diciendo á Mauricio con aparente tranquilidad:

—No es nada; niñerías de que no debes hacer caso.

Las campanas de la parroquia sonaron en aquel momento, dando la última llamada para la misa mayor; y por el cercado de la casa asomó el rostro fresco y risueño de una muchacha de la vecindad, que se dirigía á la iglesia, y con acento picante dijo á Máxima:

—Anda, niña, que te espera el Señor Cura. Dichosa tú que tienes en que entretenerte. Y tú, Mauricio, ¿no vás á misa?

—En el momento, carita de rosa, no más acabo de vestirme, y en un salto estoy allá. Respondió Mauricio con zalamería.

Máxima tomó el rebozo y fué á reunirse con su amiga, yéndose juntas para la iglesia; Mauricio las siguió á poco rato.

Desde que Máxima había dicho que era amada de Mauricio, comenzaron á dudarlo todas las muchachas del barrio, que antes de eso se empeñaban en creerlo; y es que á la suspicacia femenil basta que se le asegure un hecho para que lo ponga en duda, y que se le niegue, para que lo afirme.

La iglesia estaba completamente llena de gente cuando llegaron nuestros amigos, quienes se acomodaron donde hubo lugar. Las mujeres ocupaban la derecha de la nave, sentadas en el suelo, y los hombres la izquierda, conversando en voz baja, y mirando á hurtadillas á las muchachas que entraban.

Máxima se colocó cerca de la puerta, y Mauricio al lado opuesto.

De repente las miradas de los varones se dirigieron al exterior de la iglesia, inclusive las de Mauricio; y su prima conoció instintivamente que lo que tanto llamaba la atención, en aquel momento, debía de ser María la molinera, á quien no había visto entre los fieles, por más que la buscaba; y en efecto, á poco rato María entró en la iglesia seguida de su padre.

Pedro se acercó á la pila del agua bendita. metió en ella la mano y roció la frente de su hija, santiguándose con devoción.

Mauricio y la hija del Molinero se cambiaron una

mirada en que se adivinaba un mundo de ilusiones y de amor, traducido por éstas palabras:

—Te quiero mucho.

Y esta doble mirada no pasó inadvertida de Máxima ni de Pedro.

Salió el sacerdote, y todos los concurrentes se pusieron de rodillas, escuchándose el murmullo confuso de las oraciones que salían de todos los labios.

Máxima rezó con mucho fervor, pidiendo á Dios que le diera el amor de su primo, pues sin él creía ser desgraciada toda su vida; pero como Dios tiene otras cosas sérias en que ocuparse y no está en el cielo para satisfacer la primera petición que se le hace, por conveniente que sea, cerró los oidos á la súplica de Máxima. Esta debió de conocerlo porque no sintió nacer en su corazón el bálsamo consolador de la esperanza, sino que antes bien, á proporción que oraba se ponía más triste, más triste y más desesperada.

Mientras duró la misa, todos los circunstantes observaron las inocentes miradas que se dirigían Mauricio y su novia; y cuando el padre echó la bendición, comenzó á salir la gente, y Pedro esperó á Mauricio á la puerta de la iglesia y le dijo al oido:

—Te aguardo en el Molino dentro de una hora para un negocio que te importa; con que no faltes.

—Allí estaré, señor Pedro, le respondió el joven, no sabiendo si debía alegrarse ó temer aquella entrevista.

Después se separaron, y Pedro y María se encaminaron á su casa siguiéndolos Mauricio con la vista.

CAPITULO III.

LA BRUJA.

Cuando las mujeres se empeñan en conseguir alguna cosa, y encuentran un obstáculo que se lo impida, su amor propio se subleva á tal extremo, que son capaces de trastornar el mundo con tal de no quedar burladas. En esto sacan un pie adelante á todos los hombres juntos; pues la constancia, el empeño y la tenacidad que despliegan, hacen que alcancen los mayores imposibles como si fuesen la cosa más sencilla del mundo.

Si la cuadratura del círculo, la dirección de los globos ó el movimiento contínuo se les hubieran encomendado, ó ellas hubiesen pretendido descubrirlos, buenos tiempos hace que estos árduos problemas fueran una cosa clara como la luz meridiana.

En todos sus empeños, las mujeres ponen en juego su *amor propio*, que es mucho más temible que su *amor ageno*, y las lleva á la consumación de los hechos más heróicos.

Máxima, como se ha visto, sentía esta pasión herida de una manera profunda; y si se hubiera resignado fácilmente á la pérdida del amor de su primo, aunque la hubiese hecho desgraciada, no podía permanecer indiferente ante la perspectiva del ridículo que caería sobre ella, quedándose corrida ante las muchachas del barrio, á quienes había contado que era amada por Mauricio.

Agobiada con esta terrible idea, salió de la iglesia confusa y cabizbaja.

Había en Atotonilco una india muy vieja, que tenía su habitación fuera del pueblo, en lo más alto de la Cuesta de Santa Rosa, que lo limita por la parte del Norte.

Martina, que así se llamaba la vieja, era de una edad imposible de averiguar, porque en la raza mexicana se llega á cierto período de la vida en que los hombres y las mujeres adquieren un aspecto idéntico, una apariencia de algo viejo, rugoso y repugnante que es común á los dos sexos, siendo imposible distinguirlos, si no es por el trage.

A esa edad el pelo de los indios se pone enteramente blanco, sus párpados se caen, su voz se hace gangosa é ininteligible, su espalda se encorva de un modo extraordinario, arrugándose la piel de ella á manera de burato; los dedos de sus piés pierden la colocación natural cruzándose en todos sentidos, boludos y deformes, y las rodillas y los codos adquieren proporciones exhorbitantes, mientras los brazos y las piernas enflaquecen hasta quedar reducidas al hueso y la piel.

Cuando un indio de esos llega á morir, su desapa-

ricion causa tal extrañeza, como si hubiese sido inmortal; cuando debía ser tomada por todos como un acontecimiento natural y esperado, en razón de que habiendo vivido tantos años, la tierra los reclama como cosa supérflua en su superficie.

Martina había llegado á ese período de la vida desde hacía muchos años, y tantos, que ni los más viejos de Atotonilco recordaban haberla conocido de otra manera.

Su estatura era baja, y el peso de los años la hacía marchar encorvada exageradamente; sobre su frente encarrujada caian en desórden algunos mechones de un blanco amarillento, que era el testimonio más seguro de que Martina pasaba de los cien años. Y á propósito de esto, se me viene á la memoria un refrán nuestro, que á la letra dice:

Cuando el indio encanece,
Dicen que el español ya no parece.

Sus ojos eran pequeños, redondos y lagrimosos, teniendo toda su parte oscura velada por esa tela azuleja y trasparente, que es el signo inequívoco de la decrepitud; sus párpados estaban desprovistos de pestañas, y con un ribete rojo como si estuvieran encasquillados en lacre; su boca era una caverna desierta en que se agitaba la lengua seca y de color de hígado; una nariz redonda y mal hecha, y una barba en forma de cuchara, completaban aquél apergaminado conjunto de antigüedades, que siglo y medio atrás mereció el nombre de cara, y que entonces se veía cruzado en todos sentidos de arrugas y cortinas de pellejo, cubiertos por un color de chocolate pasado de tueste.

Tal era Martina; y apoyándose en una nudosa vara de cocolmeca, recorría las calles de la población pidiendo limosna, que nadie le negaba.

Vivía, como se ha dicho, en la parte más alta de la cuesta de Santa Rosa; y tanto por el aislamiento á que se había reducido, como por su aspecto desagradable, la voz pública dió en decir que era bruja, y los buenos habitantes de Atotonilco en temerle como al mismo diablo, con quien suponían que estaba en íntimas relaciones.

Al salir Máxima de la iglesia, marchaba profundamente abstraída en sus pensamientos sin saber qué haría para atraerse á su primo, separándolo de María del Amor Hermoso, cuando oyó á su espalda la ronca voz de Martina que con tono plañidero la decía:

—¡Madrecita, dame una caridad de por Dios!

Máxima, en vez de huir como lo hacían siempre las muchachas cuando Martina se les acercaba, temerosas de que les *hiciera ojo*, sintió como que un rayo de esperanza venía en aquel momento á iluminar las negruras de su cerebro, y mirando á todos lados para asegurarse de que no era vista por nadie, sacó una moneda del bolsillo del mandil y la dió á Martina diciéndole al oído:

—Martina, necesito de tí, y deseo hablarte á solas.

La vieja se irguió un poco, y enseñando las encías por efecto de una sonrisa, respondió á Máxima:

—Tú serás feliz, hija mía, porque no tienes miedo á esta pobre vieja. Vete á tu casa y allá nos veremos.

Después besó la mano de Máxima, y se fue en dirección opuesta á la que llevába la muchacha, arrastrando los pies y deteniéndose á cada paso para reco-

ger del suelo algún trapo ó papel viejo que se encontraba.

Máxima apresuró el paso, revelando en su semblante la alegría de una esperanza próxima á realizarse.

Llegó á su casa, y después de entrar se dirigió á un bosquecillo de chirimoyos en flor que había en el centro de la huerta para esperar en él á la bruja; pero ¿cuál sería su sorpresa al encontrar á Martina recorriendo aquellos sitios muy tranquila, cuando la había dejado en la plaza de la iglesia hacía algunos instantes?

—Verdaderamente, nanita,[1] que me deja admirada el encontrate aquí, pues creía que á tus años necesitarías, para llegar á esta casa, desde el punto en que te dejé, lo menos doble tiempo del que yo he empleado. Casi voy á creer *lo que de tí se dice.*

—¿Casi vas ha creerlo, eh? Pues entonces si no lo creías ¿para qué me has llamado? ¿De qué podría servirte una pobre mujer como yo, que vive de la caridad pública y á quien todos tienen horror por su fama? Vamos, Máxima, sé franca y dime lo que deseas, ya que yo he venido para servirte; y áun si no quieres tomarte el trabajo de confesarme tu situación, no lo hagas, pues yo leo en el fondo de tu alma y sé lo que te ha decidido á consultarme.

—Nanita—repuso Máxima confusa por el lenguaje de la vieja—ya empiezo á tenerte miedo.

—No es verdad eso; á quien tienes miedo es á tu propio corazón; pero haces mal, porque no tienes la culpa de que tu primo se te haya entrado por el ojo

1 Nombre afectuoso que el pueblo de México, y particularmente los niños, dan á las mujeres decrépitas. Es el diminutivo castellano de la palabra mexicana *Nantzi*, que significa *Madre*.

derecho, y de que su amor sea una necesidad para tí, cuando él está perdidamente enamorado de María del Amor Hermoso, la hija del molinero.

—Es verdad, Martina, es verdad, y por lo mismo, he querido verte. Tú eres buena, y querrás hacer que Mauricio olvide á esa mujer por quien vivo desesperada, ¿no es cierto?

—¡Ay hija mía, ojalá que mi saber alcanzara á tanto! Yo puedo hacer que un corazón que se encuentra libre venga á caer encadenado á los pies de quien lo necesita; pero quitar el amor que ya existe para colocar otro en su lugar, no es dado hacerlo á las que, como yo, contamos con tán pocos recursos en el mundo.

—Entonces, es decir que de nada puedes servirme; que toda la habilidad que te atribuyen es mentira, y que tu ciencia es un embuste grosero que ha inventado el temor que causas al vulgo.

—¡Despacio, hija mía, despacio! Yo puedo hacer que tú quedes sorprendida y te arrepientas de tratarme como lo haces. Por lo pronto, quiero consolarte haciendo que goces del amor de Mauricio, aunque sea en medio de tus celos; quiero que pruebes que mi ciencia no es un embuste, y que si María del Amor Hermoso no existiera, tu primo sería enteramente tuyo ¿Te basta con esto?

—Sí que me basta. Que tenga yo el amor de Mauricio, y respondo de que á fuerza de quererlo mucho, y mimarlo, y no vivir sino para él, haré que olvide á la otra,—dijo Máxima con entusiasmo.

—Pues lo tendrás; pero el amor *del cuerpo*, porque el del alma no está sujeto á la tierra y viene de otra parte.

Tú me ayudarás en esta obra, haciendo que tu primo te acompañe á mi casa mañana al ponerse el sol; y cuando salgas de allá, te creerás completamente feliz y habrás cambiado de opinión respecto de mí. ¿Aceptas?

—¡Cómo no he de aceptar, si ese es mi deseo! Yo no sé cuál es el amor del alma ni cuál el del cuerpo; pero creo que amándome Mauricio estaré contenta, y te viviré agradecida enternamente.

—Pues entonces, hasta mañana, Máxima, y quiera Dios que no te arrepientas de haberme llamado para pedirme una cosa que puede hacerte llorar toda tu vida.—Dijo la vieja con tono solemne, y salió de la casa por la puerta del huerto, inclinada sobre su bastón de cocolmeca.

Al verla salir las muchachas de la vecindad, que asomadas á los cercados de sus casas, hablaban con el novio ó conversaban con la vecina de enfrente, no pudieron menos que alarmarse porque Máxima estaba en relaciones con la bruja, y temieron que cayera sobre el barrio alguna desgracia.

CAPITULO IV

LO QUE PASA CON LOS SUEGROS RICOS.

María y su padre bajaron por la larga calle que conducía al molino, cuyas tapias, coronadas por las floridas copas de los guayabos y los duraznos, le prestaban una sombra fresca y perfumada. Mauricio los siguió largo rato con la mirada, y cuando vió de lejos que atravesaban el puente de madera, que echado sobre el río, une la población con las casas de la otra banda, emprendió el mismo camino que había seguido su novia para acudir á la cita dada por el molinero.

Pedro no había llegado á hablar á María de sus amores con Mauricio, porque se dijo al descubrirlos:

—El muchacho es honrado y trabajador; y según parece, quiere á María como á las niñas de sus ojos. Esto no está malo; pero sí lo está, y mucho, el que no tenga tras de que caerse muerto; porque cuando uno

ha pasado pobre toda su vida, natural es que si, de la noche á la mañana, se encuentra con una fortunilla que no le ha costado ningún trabajo ganar, no sepa cómo conservarla y se limite á gastar peso tras peso hasta que se quede en un petate.

Además, el muchacho es muy joven y la chica está todavía para vestir y comer por mano agena, y como si dijéramos, en pañales; así es que si ahora se casaran, sería cosa de ver su matrimonio.

¡Pues señor, no es malo el aprieto en que me pone este par de angelitos con sus amorcillos!

Bien mirado el asunto, ninguna dificultad habría en que se esperaran unos dos ó tres añitos mientras crecieran; pero lo que no me puede pasar, es que Mauricio no tenga de qué vivir y que sea mi hija la que lo lleve. ¡Trabaje usted toda su vida para que venga un extraño á llevarse el fruto de sus afanes, y á dejarlo viejo, y pobre, y solo en su casa!

Esto mismo iba pensando el domingo aquel al volver de la iglesia; y su resolución al citar á Mauricio, era decirle que no contara con su hija, mientras no se labrara una fortuna que asegurase el porvenir de sus hijos, sin necesidad de lo que María pudiera llevarle; pero ésta, que marchaba delante de él meditando muy sériamente en el objeto que pudiera tener aquella entrevista, y temiendo algo muy malo para ella, le sacó de sus pensamientos volviéndose repentinamente y soltándole á quema ropa el siguiente discurso:

—He venido, señor padre, procurando averiguar lo que tiene usted que decir á Mauricio, y por más que hago no puedo salir de mis dudas.

—Y eso, ¿qué te importa á tí, muchacha?—preguntó Pedro sorprendido.

—¡Ni tanto, señor padre! Pues ¿como no me ha de importar, si Mauricio es toda mi alegría; si por él siente mi corazón tantas cosas que á ratos pienso que se me va á reventar? Cuando no lo veo por la mañana, estoy inquieta y triste todo el día; y á la tardecita, cuando el sol se va escondiendo tras del cerro, y empiezan á cantar las chicharras en los huizaches y las luciérnagas vuelan brillando entre los matorrales, y la campana del pueblo da la oración, me parece que todo está triste como yo, que todo llora, y las lágrimas se me saltan sin poderlo remediar. Por eso quiero saber lo que usted va á decirle, pues si fuera algo que le causara pena, me moriría de tristeza...

El molinero se quedó como quien ve visiones ante aquel exabrupto de María; y no dándose cuenta de la difícil situación en que estaba colocado, le dijo estupefacto:

—Pero hija, ¿qué te da? ¿De dónde sacas ahora todas esas cosas?

—¡Si no las saco!—respondió María—¡si me salen del corazón sin que yo pueda impedirlo!

—¿De manera que tú quieres á Mauricio, á pesar de los consejos que te he dado, y á pesar de que te he dicho que no oyeras las palabras engañosas de los hombres?

—Si yo lo quiero, no lo sabré decir; y si yo he oido las palabras engañosas de los hombres, eso nó, señor padre, eso nó; porque ni él me ha dicho nada, ni hay nada de lo que me haya dicho que no sea la pura verdad.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—¿Cómo? porque yo leo en sus ojos lo que pasa en su corazón; porque cuando hablamos junto á los jarales del río, él se pone más contento que los zanates que se bañan en la orilla; porque el no puede ver mis ojos sin que tenga que bajar los suyos, y porque cuando le hablo me dice que mi voz le parece más bonita que el canto de los jilgueros en el monte y que el de los zenzontles que pitan entre las ramas de los sauces. Si esto es quererle, si esto es que él me engañe, ¡por qué me lo ha prohibido usted tanto tiempo!

Y María enlazó con sus brazos el cuello de su padre, ocultando en el seno de éste su linda cabeza rubia.

Pedro tuvo que callar porque sentía que sus ojos se habían humedecido, mientras su hija hablaba; y guardando silencio uno y otra, llegaron al molino cuya rueda atrancada descansaba sobre la escasa corriente que, filtrándose por la compuerta, se arrastraba murmuradora.

Isidra los esperaba asomada á la ventana, y cuando vió que cruzaban el puente, entró á servir el almuerzo; pero ni María ni Pedro tuvieron apetito, y se dejó para más tarde.

Isidra volvió á llevar á la cocina los humeantes manjares que habían sido desdeñados por sus amos, diciendo para sí: esta falta de apetito, que me emplumen si no es causada por el mozo que hace las casas.

Y en seguida llamó al gato que la seguía en sus viajes á la cocina, restregándose contra su guardapiés, cortándole el paso y maullando con la cola enar-

bolada, y le echó de comer en un plato de barro, conversando con él de esta manera.

—Toma, Morrongo, come, ya que tú no tienes penas que te quiten el hambre, ni te afliges por nada. Yo te voy á hacer compañía; y mientras que tus amos se dan la mala vida, comamos, hijo, comamos y procuremos pasárnosla lo mejor que se pueda.

Morrongo contestó á aquellas palabras con miradillas sesgadas y grititos afectuosos, y se puso á almorzar como un prebendado, sacudiendo la cabeza al quemarse con el caldo caliente, y rodeando el plato para buscar el lado más accesible.

Entretanto, Mauricio llegó también al molino y fue recibido por Pedro con menos dureza de la que esperaba.

—Te he hecho venir—le dijo—para que hablemos un rato como hombres de bien, ya que tú no has querido verme antes como debías.

—Señor Pedro.....—murmuró Mauricio con la vista fija en el suelo, no sabiendo qué contestar á aquel justo reproche.

—Pues sí señor, te he hecho venir para preguntarte cuáles son tus intenciones respecto de mi hija y saber........... pero antes es preciso que venga ella á oir lo que tú respondas,—dijo Pedro interrumpiéndose. ¡María! ¡muchacha!

—Mande usted, respondió María apareciendo en la puerta de la habitación de su padre.

—Que vengas acá—añadió éste con voz afectuosa; —aquí está Mauricio, y quiero que presencies lo que va á pasar entre nosotros.

María saludó á su novio con una inquieta mirada, y fué á sentarse cerca de su padre.

Los tres guardaron silencio por largo rato. El molinero, no hallando cómo empezar, se rascaba la cabeza en su aturdimiento; María con el rostro inclinado y las manos entre las rodillas, podía apenas contener los acelerados latidos de su corazón, y Mauricio buscaba una disculpa satisfactoria que darle al molinero por haberle ocultado la inclinación que hácia su hija abrigaba hacía tanto tiempo.

Por fin, Pedro fue el primero que rompió el silencio diciendo á Mauricio:

—¿Quieres á ésta?—é indicó á su hija con la mirada y con el labio inferior.

—¿Pues no la he de querer, si parece un ángel del cielo, y no hay en el pueblo quien hable ni una palabra que pueda ofenderla?

—Pues hombre, lo siento mucno, porque por esa misma razón no quiero yo que se separe de mi lado.

—Pero, señor........

—No hay pero que valga; y sobre todo, como ella es la alegría de mi casa, como no tengo en el mundo otra persona que me quiera y me cuide como ella, yo me intereso por su suerte, y creo que ni tú, ni tres como tú, la habían de ver como yo la veo.

—Lo que es eso—dijo Mauricio picado—estoy seguro de que nada le había de faltar á mi lado, pues todo cuanto soy, cuanto valgo y cuanto tengo, lo consagraré á hacerla dichosa, y así yo seré doblemente feliz con su felicidad y con la mia.

—Luego, ¿de veras la quieres mucho?

—¡Ah, señor Pedro! ¿Cree usted posible que los pájaros no quieran la rama en que está colgado su nido; que las flores del campo no echen de menos el rocíode la noche que les da sus olores; que el ganado no tenga amor al tinglado que lo cobija cuando caen las tormentas de Agosto; y que el labrador no sienta brincar su corazón de alegría al oír los primeros truenos de Mayo, porque después de ellos han de reverdecer sus campos? ¡Pues qué haré yo si María es la rama, el rocío, el tinglado y los truenos de Mayo de mi alma!

María escuchaba con arrobamiento las palabras de Mauricio, y sintiendo una dicha inefable se levantó poco á poco de su asiento y puso las manos en los hombros de su novio, exclamando con un grito del alma:

—¡Bendita sea tu boca y/tu corazón que sabe sentir como el mío!

—Pero muchacha, ¿qué te pasa? ¿qué no tienes en cuenta que estoy yo presente para hacer esas cosas? dijo Pedro escandalizado.

—Me pasa, señor padre, que tengo el corazón reventando; que desde esta mañana que ví en la iglesia á Máxima la hermana de Mauricio, me puso unos ojos tan encapotados que no tengo ya tranquilidad para nada; que usted me hace llorar diciéndome que no lo quiera, y que como el corazón no se manda, quiero que usted me ordene quererlo para no ser desobediente.—Respondió María con una voz á la vez enèrgica y suplicante, colocando su silla cerca de la que ocupaba Mauricio.

Pedro vio que su hija se pasaba al enemigo con

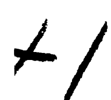
bagajes y todo, y resolvió dar la carga con el grueso de su ejército, es decir, hablando á su presunto yerno de su falta de dinero.

—Bien está—murmuró el molinero—por lo que veo, ustedes se quieren como dos pichones, y no pueden vivir el uno sin el otro; pero lo grave del asunto es que tú, Mauricio, aunque seas un terrón de amores para mi hija, aunque seas más honrado que la Sábana Santa y tengas más gracias que un jubileo, careces de una fortunilla que te ponga á salvo de la miseria para cuando seas viejo; y eso ya ves que no puede gustarme, porque donde no hay harina todo es mohina.

—Pero señor padre, ¡qué empeño en hablar de esas cosas! ¿No tiene usted bastante para que vivieran hasta diez familias, y no me ho dicho que cuanto tiene es mio? Pues para qué quiere dinero Mauricio, si él me da lo que no se consigue con el trabajo ni se puede heredar de nadie?

—¿Y si yo no quisiera darte nada de mis bienes?

—No nos haría falta,—respondió Mauricio—que yo, sin ser rico, tengo lo bastante para que María viva [redacted]te contenta y para que vista mejor que la mujer del alcalde, causando envidia á las otras muchachas del pueblo.



Usted sabe, Sr. Pedro, que cuando murió mi señor padre, que en gloria esté, me dejó la casa en que vivo con su huerta y demás dependencias, que me producen un año con otro, hasta treinta y cinco y cuarenta pesos; que en las cercanías de Ayo el Chico tengo unos solares que miden cuarenta fanegas de sembradura, cuyas tierras dan doscientos por uno, y

tienen árboles y agua corriente, y en tiempo de secas se cubren de un pasto que tapa á un hombre; que en el corral de mi casa tengo diez vacas de ordeña que rinden treinta cuartillos cada una, y que de los becerros que me han dado, hay seis yuntas de bueyes que ahora le tengo prestadas al señor cura.

Lo que el oficio deja no es tan flojo, pues entre reedificaciones, composturas y lo nuevo, saco descansadamente para el gasto de todo el año, sin contar con que luego vienen á llevarme para alguna obra en otros pueblos, quedándome esto y lo demás que usted ya sabe y de que ya le hablé, para ir llenando el arca y comprar un rancho dentro de poco.

Además, á usted le consta que todos los años después de pichcas echo una ó dos engorditas de puercos, y en llegando la feria de San Juan, las realizo ya en pie ó ya en jabón. El rastrojo, y la calabaza que siembro entre la milpa, me sirven para que el ganado coma en la sequía.

Esto es lo que tengo, y ya quisieran muchos la mitad; ve usted, pues, que exigir más, sería pedir gollerías.

El molinero escuchó esta relación meneando la cabeza, y cuando el joven acabó de hablar, le dijo con acento fisgón:

—Tú te haces como todos que se encariñan con cuatro tlacos que tengan, y se les figura que con ellos pueden comprar el mundo. Para que te convenzas de que eres un pelagatos que no puedes costear ni el desayuno de mi hija, sígueme y dime después que eres hombre de posibles.

Y Pedro se levantó seguido de Mauricio, fue á un

rincón de la pieza en que estaban y en la cual se veía una grande arca de encino con cinchos de hierro, colocada sobre dos cuartones de tepehuaje.

Sacó de debajo de su colchón una llave tosca de ojo afiligranado; y abriendo con ella el arca, la mostró á Mauricio llena de saquitos de dinero hasta las bisagras.

—¿Ves todo eso?—le dijo el molinero,—pues todo es dinero, y hay para pesarte, y aun queda. Lo que está guardado enmoheciéndose en este cofre es lo que me sobra, pues ya sabes que las tierritas, y los ganados, y el molino y otras cosillas que hay por ahí, valen otro tanto.

Mauricio estaba atónito ante aquella riqueza, y callaba.

Pedro continuó:

—Si estos bienes pasaran á tus manos un día ú otro, te encontrarías sin saber qué hacer con ellos, y la fortuna, reunida con el trabajo de tres generaciones, se volvería humo en tus manos. Por esta razón no quiero que te cases con mi hija, hasta que me pruebes que el amor, y no mi dinero, es lo que te guía.

Mauricio, que había permanecido callado hasta entonces, sintió herido su amor propio con las últimas palabras del molinero, é impulsado por su dignidad le dijo con resolución:

—Usted puede convencerse de mi desinterés, entregándome á su hija tal como está, sin que se lleve á mi lado ni la parte más insignificante de esos tesoros que usted guarda con tanto cuidado. Yo creo que no es el dinero lo que hace la felicidad, y si hoy duermo descuidado hasta que amanece, teniendo eso tal vez

perdería el sueño y viviría temiendo que los ladrones me asaltaran á media noche para robármelo. Lo que ambiciono, lo que me hará vivir dichoso es el amor de María; deje usted que se case conmigo y échenos su bendición, y verá usted que real vida nos pasamos y cómo damos envidia á todo el reino.

—Sí, para que al poco tiempo vengan la familia y con ella las necesidades, y ustedes no tengan con que cubrirlas; y para que los niños lloren de hambre y pidan pan, y no haya pan que darles; y para que María se ponga flaca y andrajosa, y tú te desesperes y le pierdas el amor y la veas como una carga cuyo peso te sea insoportable, y maldigas el momento en que te casaste con ella, después de hacerla desgraciada. No, y mil veces nó, Mauricio; yo jamás podré consentir en que caiga sobre mi hija semejante desgracia, cuando puedo evitarla á tiempo.

Pedro olvidaba al hablar así, que el verdadero amor hace llevadera la vida áun en las peores circunstancias, y que dos esposos que se aman parten entre sí los sufrimientos y endulzan las horas más amargas de la vida, haciendo un cielo del hogar en que menos fuego brille, y alejando la melancolía del techo santificado por la virtud y el cariño dulce de dos seres que se consagran á hacerse mútuamente felices.

El molinero ensartaba razones, que no lo eran, para justificar su negativa, no queriendo confesar que con el mucho dinero y los muchos años, se había vuelto avaro y quería para su hija un marido que fuera como él, inmensamente rico.

Varias veces había acariciado la idea de casar á

María con un comerciante español, avecindado en Guadalajara, que tenía en aquella capital la tienda de lencería de más crédito, y á quien hacía cuantiosas ventas de harina, ganados y semillas, y el cual, más de una vez había visto con ojos encandilados á María del Amor Hermoso, cuando su padre la llevaba á pasar el *Corpus*, á la capital de la Provincia de la Nueva Galicia.

El tal español se llamaba don Ramón de la Peña, y gastaba un capital en obsequiar al molinero y á su hija siempre que estos iban á la ciudad con motivo de una fiesta cualquiera, no permitiendo nunca que se hospedaran más que en su casa.

Esta era la verdadera causa de la resistencia que Pedro manifestaba para el enlace de su hija con Mauricio, y por eso no encontraba bastantes razones que oponer á los argumentos que él mismo se hacía, en favor de los dos muchachos.

—¿Y bien?—dijo Mauricio al molinero después de un largo rato de silencio.

—Que no hay más que hablar, y que mientras que tú no te hayas hecho una fortuna, aunque sea corta, no vuelvas á tratar de este asunto.—Dijo el molinero cerrando el arca y guardando la llave debajo del colchón de su cama.

—Está bien, señor Pedro, respondió Mauricio con dignidad, dentro de dos años no es tarde; y para entonces espero que usted no tendrá dificultad en concederme la mano de María.

Y dirigiéndose á esta, continuó:

—No te apures, María, que esto te servirá para conocer lo que soy capaz de hacer por tí. Quiéreme

como hasta ahora, y tu amor me dará fuerzas para conseguir mi objeto.

En seguida salió de la casa, y corrió sin parar hasta llegar á la suya, en donde Máxima le esperaba impaciente.

Su prima le salió al encuentro preguntándole lo que tenía, pues su semblante revelaba una horrible desesperación.

—¡Qué he de tener, Máxima, que soy muy desgraciado porque señor Pedro el molinero me niega la mano de su hija!—Dijo Mauricio, y se arrojó en sus brazos llorando como un niño.

En otras circunstancias, aquella súbita confesión de Mauricio hubiera producido en Máxima una impresión terrible; pero entonces tenía confianza en los ofrecimientos de la bruja Martina, y creyó que aquel era uno de los primeros efectos de su protección.

Alentada con esta idea acarició á Mauricio, que lloraba en su seno, y le dijo con infinita ternura:

—No te desconsueles así, hermano mio; nada ganas con aflijirte de esa manera, sino causarme un gran dolor. Si quisieras seguir un consejo que voy á darte, quizá tus penas tuvieran remedio.

—¿Qué dices? preguntó Mauricio incorporándose violentamente; no creo que haya nada capaz de dominar los caprichos de un hombre como señor Pedro.

—Si tu quisieras, tendrías todo lo que puedes apetecer yendo á ver á Martina.... la de la Cuesta de Santa Rosa.

—¿La bruja? preguntó con interés Mauricio.

—Porque como dicen que ella sabe tanto...... y lue-

go dizque tiene *quien* le ayude *en sus cosas*......—dijo Máxima á media voz como avergonzada de sus palabras.

Mauricio se quedó pensativo, y después de un rato de meditación, dijo á su prima:

—¿Y el alma, Máxima, y el alma?

—Siempre hay tiempo para arrepentirse, y Dios es tan bueno que nunca desoye las súplicas de un pecador que pide perdón de sus culpas. Y además, que tú no vas á verla para nada malo.

Si tú quisieras, mañana podríamos ir, y tal vez volvieras consolado.

—¿Pero tendrás valor de acompañarme?

—Sabes que por tí soy capaz de todo, ¿lo oyes? *¡de todo!*

—¡Pues bien, iremos!—afirmó Mauricio dejando ver en su semblante una sombra de la tristeza que le causaba su resolución.

Máxima había tenido el tino suficiente para obligar á su indiferente primo á ir á la casa de la bruja, en donde contaba con encadenar su corazón, según Martina se lo había ofrecido.

Mauricio ni siquiera sospechó que había caido en un lazo hábilmente preparado.

CAPITULO V.

LA CUESTA DE SANTA ROSA.

Era el oscurecer del día siguiente. El cielo diáfano se veia teñido por las últimas luces del crepúsculo, hacia el Poniente, de un color violado que atravesababan dos ráfagas de sombra, de un azul oscuro, producidas tal vez por alguna nube que se ocultaba debajo del horizonte. La población de Atotonilco estaba envuelta en una especie de niebla azulada, formada por las humaredas que se escapaban de los tejados de las casas, y que por la tranquilidad de la atmósfera se abatían extendiéndose por las arboledas de las huertas.

Los gorriones formaban extraña algarabía cuchicheando en las copas de los naranjos; las gallinas trepaban lentamente á las ramas de algún mezquite ó á los travesaños de los tejados, por el morillo que les servía de escalera apoyado en el tronco ó en la pared; las abejas descansaban soñolientas agrupadas á la puerta de las colmenas, los marranos gruñían; hoci-

cando la puerta del chiquero en espera de la ración vespertina, y los murciélagos salían de los huecos de los árboles, y volando con inquietud por las calles y los huertos, lanzaban su desapacible chirrido. A lo lejos se escuchaba el melancólico canto de algún labrador que volvía del trabajo, y el triste bramar del ganado que llegaba á sus corrales.

Máxima, sentada á la puerta de su casa, tenía la mirada fija en el cielo, llena de esa melancolía profunda que infunde el crepúsculo, y veía aparecer las estrellas con el arrobamiento infinito, con la aspiración á lo desconocido que experimenta el corazón cuando contemplamos el espacio azul en una noche serena.

La campana mayor de la parroquia sonó en aquel momento dando pausadamente la *Oración*; Mauricio salió de la casa, y dirigiéndose á su prima le dijo con voz conmovida:

—Recemos, Máxima, recemos para que Dios no nos abandone. Máxima se puso en pie, y los dos jóvenes rezaron con fervor el *Angelus*.

Cuando el último tañido de la campana se extinguió en lejanas vibraciones, un joven de la vecindad pasó llevando todavía el sombrero en las manos, y dió las buenas noches á Máxima y su primo, sin detenerse ni mirarlos, y siguió por la calle arriba para su casa.

—¿Vamos? dijo Mauricio á Máxima, cuando acabaron de rezar.

—Vamos, contestó ella, y los dos salieron de la casa, encaminándose á la cuesta de Santa Rosa.

Los últimos rumores del dia iban apagándose poco á poco, y en la naturaleza comenzaba á reinar el

silencio precursor del sueño. La Cuesta de Santa Rosa estaba desierta, y un vientecillo frio y penetrante gemía en las ramas de los matujos y en los huecos de las peñas que bordaban la estrecha vereda por donde caminaban los dos jóvenes sobrecojidos de cierto temor extraño.

Allá abajo se veían la población envuelta en las sombras de la noche y las luces que aparecían en las casas.

Mauricio contemplaba con envidia la tranquilidad de aquellos hogares y la felicidad de sus moradores, y sentía remordimientos y vergüenza por el paso que iba á dar.

Máxima por el contrario, marchaba decidida, alentando la esperanza de su próximo triunfo; ninguno de los dos hablaba una palabra.

En las ráfagas del viento que bajaba de la Cuesta llegó hasta los jóvenes el agudo y plañidero ladrido de un perro; y al dar vuelta en un recodo del sendero que seguían, vieron brillar una luz en medio de la oscuridad de la noche.

Entonces Máxima rompió el silencio, y dijo á su primo señalando la luz:

—Allá vive Martina; no tardaremos en llegar.

—¿Crees, Máxima, que casi me arrepiento de haber venido?—dijo Mauricio revelando en sus palabras la profunda emoción de que estaba poseído.

—¿Y por qué?—preguntó la joven.—¿No crees que Martina pueda vencer las dificultades que te separan de la hija del molinero?

—Ni lo dudo, ni tengo confianza en que lo haga; pero mi conciencia me dice que no es bueno lo que

voy hacer, y temo que Dios me castigue por esta falta, privándome del amor de María.

—Esos son temores vanos,—repuso Máxima,—y pronto verás como no hay ningún peligro en tener tratos con esa mujer, supuesto que lo que hace es obra del conocimiento que tiene de algunas plantas, y no de que ella tenga hecho pacto con el Diablo.

—¡Quién sabe!—dijo Mauricio con incredulidad;—y siguieron su camino en dirección de la luz.

***

Martina estaba sentada cerca de una pequeña hoguera, y revolvía con una vara el contenido de una olla que hervía á la lumbre.

Un perro flaco, de pequeñas y agudas orejas y negro como el ollín, contemplaba sentado junto á la bruja, la llama de la hoguera; y cuando el viento gemía entre los varejones de que estaba formada la cabaña, el perro salía corriendo y ladraba en varias direcciones; Martina lo llamaba, y él volvía á tomar su primitiva postura.

El jacal de la bruja tenía un aspecto repugnante que había contribuido mucho á dar fama de tal á su dueña. Era éste un aposento de tres varas de ancho por cinco de largo, limitado por paredes hechas de varas de tlacote atadas con hebras de ichtle y jaharradas de lodo por uno y otro lado. El techo en forma de caballete, era de zacate seco, cubierto por la parte de afuera con pieles sin curtir, de coyotes, ardillas y otros animales.

A la altura de las paredes y comprendido en el

hueco del caballete, había un pequeño tapanco ó desván lleno de envoltorios de yerbas, huesos de animales, pepitas de algunos frutos venenosos, y otra multitud de cosas que Martina empleaba en sus hechicerías.

Al fondo del jacal se miraba un tapeschtli que servía de cama á la vieja, cuya almohada era una grasienta bolsa de cambaya de rayas azules, anudada por un extremo y llena tambien de amuletos.

Las paredes estaban literalmente cubiertas de bules de varios tamaños, dentro de los cuales había una numerosa coleccion de muñecos, hechos de trapos viejos, que representaban hombres, mujeres y niños de todas edades, y al lado de cada bule ó calabaza se podían ver otras tantas redomas de vidrio que contenían líquidos de diversos colores, aunque el que más dominaba era el verde obscuro.

Martina permanecía cerca de la lumbre, cuando Mauricio y Máxima llegaron á la puerta del jacal. El perro gruñó sordamente erizando los pelos del lomo, pero no se movió de su sitio; y la vieja poniéndose la mano delante de los ojos á manera de pantalla, para cubrirse la luz, levantó la cabeza, que tenía inclinada sobre el pecho, para ver quién llegaba.

—Buenas noches, Martina,—dijeron los jóvenes á la vez, deteniéndose en el umbral.

—Buenas noches,—contestó la vieja sonriendo maliciosamente al ver que Máxima había conseguido llevar á Mauricio á su casa. Después añadió para sí:

—¡Y siendo tan hábiles las mujeres, recurren á mí si algo les aflije, cuando ellas tienen más arte y más

hechizos que todos los que yo pudiera proporcionarles!

—Pasen,—añadió en voz alta,—dirijiéndose á los jóvenes; y acercando un largo banco de madera, les hizo seña de que se sentaran.

Mauricio y Máxima lo hicieron así, quedando una al lado de la otra y entónces la bruja apartó del fuego la olla en que se cocían algunas yerbas, y cubriendo las brasas con cenizas, fué á sentarse en el suelo frente á los jovenes, mirándolos fijamente.

La mirada de la bruja tenía una fascinación terrible para los dos primos, sin que pudieran verle fijamente los ojos.

Ambos sentían correr por sus venas un frío glacial, y una somnolencia irresistible se apoderaba por instantes de todos sus miembros.

Mauricio se sentía mal en aquella situación y para salir de ella cuanto antes, rompió el silencio diciendo á Martina con voz balbuciente:

—Venimos á verte porque yo necesito de tu ayuda.

—Ya lo sé,—contestó la vieja, dando á sus palabras el tono de satisfacción de quien lo hubiera adivinado.

—¿Lo sabes?—preguntó Mauricio sorprendido, porque ignoraba la entrevista que Máxima había tenido con la bruja.

—¿Cómo no lo he de saber?—Crees tú que se me oculte algo de lo que pasa en el mundo, aunque suceda á cien mil leguas de aquí? ¡En muy poco tienes mi saber!—dijo la vieja envolviendo al joven en su penetrante mirada.

—¡Perdóname!—dijo éste acobardado;—olvidaba lo que de tí se cuenta en el pueblo.

Ya que sabes el objeto de mi venida,—añadió,—deseo que me digas lo que debo hacer para vencer los caprichos de señor Pedro el molinero. Ya sabes cuánto es mi amor por María, y que no podré vivir si ella no llega á ser mi esposa.

—¿Tanto es lo que la quieres?

—Sí, tanto es.

—¿Y serás capaz de sujetarte á lo que yo te ordene?

—A todo.

—Bien; pero antes de eso necesito saber si tienes fe en las cosas que de mí se cuentan, y si crees que mi poder alcance á dominar, no solo la naturaleza material que todos vemos, sino también el alma, que solo depende de Dios y á él está sujeta.

—Yo he oido decir, Martina, que tú causas la felicidad ó la desgracia, según es tu voluntad; que enfermas al que goza de buena salud y sanas al que está atormentado por esos males misteriosos que consumen sin que se conozca la causa que los produce; dicen que tú haces retratos de las personas á quienes necesitas atormentar, y en un muñeco de trapo causas el mal que debe resentir el individuo á quien se parece.

Sé que tú retiras la lluvia del sembrado de tus enemigos, y mandas la viruela y el *piojo* á sus ganados; tú haces caer el gusano y el chahuistle en las milpas, y el gorgojo en los graneros; y por último tú consumes de tristeza al más alegre, y *haces ojo* á los niños hermosos.

Por todo esto creo que tu poder alcanza á mucho, y que si quieres me darás la felicidad que me falta.

La voz de Mauricio era casi una súplica, y en aquel instante creía todo lo que habia dicho á Martina, aunque siempre se burlaba de ello teniéndolo como patraña.

Martina continuaba mirando fijamente á los jóvenes, y de sus pupilas irradiaba una luz verde, siniestra y opaca, parecida á la que despiden los cocuyos entre la vigorosa vejetación de nuestras costas, en las calurosas noches de Mayo.

La bruja se levantó poco á poco, y poniendo sus flacas y huesosas manos sobre la cabeza de los jóvenes, pronunció en idioma mexicano algunas palabras misteriosas mirando al cielo.

Despues tomó una redoma de las muchas que habia colgadas en la pared, y derramando algunas gotas de su líquido en un jarro con agua, lo dió á Mauricio, diciendo:

—Tu suerte y la de Máxima están íntimamente enlazadas, y es preciso que uno y otra se preparen con esta bebida á lo que va á tener lugar aquí dentro de poco.

Mauricio apuró la mitad del agua contenida en el jarro, y dió el resto á su prima, que bebió con avidez.

Aquel líquido tenia un sabor acre y repugnante.

En seguida, Martina tomó unas rajas de ocote que aplicó á las brasas de la hoguera, y después de soplar un rato, brotó la llama, iluminando el interior del jacal, que había permanecido en una oscuridad profunda.

Mauricio y Máxima comenzaban á sentir un entorpecimiento general en todos sus miembros, y sin darse cuenta de lo que hacían, se tomaron de las manos

convulsivamente, acercándose uno al otro, atraidos por una sensación voluptuosa que Mauricio no había experimentado hasta entonces por su prima.

Su sangre circulaba con precipitación, y su corazón latía con violencia desusada; sus manos estaban trémulas, y quemaban con su contacto las de Máxima que tenian oprimidas. Los jóvenes se miraban con uua mirada tenaz, persistente, abrasadora; sus rostros se acercaron poco á poco confundiendo su respiración de fuego, y sus labios secos y trémulos se unieron en un beso apasionado.

—¡Cuánto te amo!—murmuró Mauricio al oido de su prima, y la estrechó con fuerza contra su corazón.

—¡Gracias!—Esclamó Máxima, dirijiendo una mirada de gratitud á la vieja, que sentada cerca de la lumbre fingía no advertir lo que pasaba delante de ella.

El ofrecimiento de la bruja á Máxima se había cumplido fielmente. La joven tenia ya el amor de la materia; ¿podría acaso conseguir el del alma?

Mauricio se sentía embriagado de una manera invencible, y los placeres que disfrutaba en aquel momento le causaban espanto, dejándole una impresión dolorosa en el alma.

Máxima procuraba absorber completamente la atención de su primo, y hubiera dado su felicidad futura porque aquellos instantes se prolongaran indefinidamente; pero cuando la joven acariciaba á Mauricio con una ternura infinita, la imagen de María del Amor Hermoso se presentó á éste en toda su pureza, llevando los ojos anegados en lágrimas y revelando en su angelical semblante la más negra melancolía.

—¡Amor mío!—exclamó Mauricio con desesperación y rechazó á su prima brusamente.

Martina estaba en pié, inmóbil delante de ellos, y extendía sus dos manos hacia los dos jóvenes, clavando en sus ojos una mirada fascinadora como la de la serpiente.

—¡Ya era tiempo!—dijo la vieja á media voz, y su semblante tomó un aspecto que revelaba la concentración de su espíritu.

Sus ojos se abrieron límpidos y brillantes, su tez recobró la frescura de la juventud, y su cuerpo se irgió altivo y fuerte, quedando transfigurada aquella mujer, que poco antes tenía la apariencia de la dscrepitud.

Los dos jovenes no podían separar sus ojos atónitos de los de Martina; y poco á poco fueron sintiéndose sobrecogidos de un narcotismo extraño, de una fascinación terrible, que hizo que desaparecieran de vista todos los objetos que los rodeaban, no mirando más que á Martina joven, á Martina transfigurada, emanando de sus pupilas un fluido que los envolvía completamente en sus ondulaciones máginas, haciéndoles experimentar una sensación de inefable felicidad.

Mauricio se veía solo con aquella admirable mujer, que tenía para él algo de irresistible y de sobrenatural.

La bruja cerró y abrió las manos con fuerza varias veces, dirigiendo á los ojos del joven las extremidades de sus dedos; los ojos de éste se cerraron lentamente, y Martina pasó sus manos, de arriba abajo,

por el cuerpo de Mauricio, sin tocarle, bañándole con el fluido que arrojabà de sí.

Despues se puso de rodillas en un rincón del jacal y oró fervorosamente.

Máxima, entretanto, permanecía con la vista fija en el vacío, convertida en una estátua.

—

CAPITULO VI.

La evocacion.

Mientras que la vieja oraba, se oyó dentro del jacal un ruido semejante al que produjeran muchos pájaros volando al mismo tiempo, las redomas y bules se agitaron chocando unos con otros, y Mauricio vió de repente en frente de él, envueltos en una ténue claridad, á María del Amor Hermoso y á su padre.

La primera venía llorosa y huyendo de un hombre que la perseguía y se veía á lo lejos. Pedro procuraba convencer á su hija de que debía olvidar á Mauricio, y casarse con el hombre que venía detrás. Este tenía el aspecto de aquel con quien la fortuna no ha sido esquiva, y llevaba calzón de paño color de haba, chupa blanca de grandes carteras que le bajaba hasta la mitad de los muslos, orlada de franjas bordadas de

oro; casaca de tela de seda entremesclada de hilos de plata, floreada de colores; peluquín de erizón empolvado, cuya coleta torcida se encerraba en una bolsita de raso rojo, sujeta con un broche de piedras; sombrero de tres picos, medias de seda y zapatos de cordobán con grandes hebillas de diamantes. Encima de la chupa lucía un precioso talabarte bordado de seda de colores, y del cual pendía un espadín aconterado de oro; y un blanco corbatín dejaba caer sobre su pecho una cascada de finísimos encages flamencos.

Aquel personaje era el comerciante español D. Ramón de la Peña, cuyas riquezas habían hecho pensar al molinero en casar á su hija con él.

Mauricio no conocía á D. Ramón, pero una voz secreta murmuró en su oído el nombre de éste, al presentarse en el cuadro que tenía ante la vista.

—¡María!—Gritó Mauricio en medio de su delirio. —¿Por qué lloras? ¿Qué tienes que cubre tu semblante una tristeza inmensa?

—Ya lo ves,—le respondió la voz para él tan querida de María—mi padre quiere que te olvide y que me case con ese hombre á quien mi corazón no puede amar, porque te ama á tí.

—¡Oh! yo lo impediré, María; yo lo impediré, porque tu amor me dará fuerzas para ello.

—No podrás, desgraciado—dijo Pedro interrumpiendo á Mauricio.—¿Desde cuando los pobres pueden algo contra los ricos?

Y diciendo esto el molinero, tomó á su hija de la mano y se la entregó al español que había llegado á donde ellos estaban.

Mauricio quiso arrojarse sobre su rival, pero una fuerza incontrastable le detuvo como clavado en el asiento.

Después vio que María y el español se alejaban, seguidos de Pedro el molinero; que entraban en una iglesia lujosamente adornada, y que el órgano hacía oír la solemne combinación de sus misturas, mientras un sacerdote bendecía la unión de María con el rico comerciante de Guadalajara.

Aquella imagen se desvaneció, y en su lugar pudo contemplar un lecho cubierto con elegantes colgaduras, y en él, enflaquecida y agonizante, á la hermosa María que espiraba murmurando estas palabras:

—Mauricio, amado mío, ¿por qué no impediste un matrimonio que repugnaba mi corazón y que hoy causa mi muerte?

La vista del joven se nubló, y sintiéndose presa de un vértigo, gritó á la bruja con acento de la más horrible desesperación:

—¡Martina! ¡Martina! Tú que puedes hacer cuanto quieres, y que tienes lo sobrenatural al alcance de tu mano, explícame qué significa lo que acabo de ver; y si es realidad y no un sueño, dame poder para evitarlo y pídeme en cambio lo que quieras.

—Mauricio,—respondió la bruja que estaba enfrente del joven—lo que has visto no ha sucedido aún, pero sucederá muy pronto si tú no lo impides.

—¿Y podré impedirlo?

—Sí, celebrando un pacto con el que me ha dado la ciencia que tengo. Te costará caro, pero serás tan poderoso que no habrá nada en la tierra que se resista á tu voluntad. ¿Aceptas?

—Si María ha de ser mi esposa sin que tenga dificultades para unirme á ella, acepto sin vacilar, cualquiera que sea lo que en cambio me pidas.

—No soy yo la que pide, sino *otro* que se presentará aquí muy pronto. Espera un poco, y ten resolución para resistir la prueba.

La vieja se separó de Mauricio y fué á tomar una redoma que contenía un líquido color de sangre; la destapó y virtió en el fuego algunas gotas que produjeron una humareda espesa y luminosa, que llenó por completo el interior del jacal.

En medio de la humareda, Mauricio vió dibujarse poco á poco una figura horrorosa, idéntica en todo al Diablo que había visto pintado en un cuadro de la *Muerte del pecador* que se hallaba en la sacristía de la Parroquia.

Lucifer apareció á la vista de Mauricio con su correspondiente rabo, sus cuernos de cabra, etc., etc., y lo extraño fue que no le causó mala impresión.

—¡Algún desesperado!—murmuró el rey de los infiernos al presentarse en escena.—Estos bichos que se llaman hombres, hacen conmigo lo mismo que con el Amo de allá arriba; que no se acuerdan de nosotros mas que cuando están apurados; con la diferencia de que á mí me sirven toda su vida sin que yo lo solicite.

—¡Calla la boca!—le dijo Martina—y no estés diciendo necedades.

—¿Si? ¿Pues qué es ello?

—¿Qué ha de ser, hombre de mis pecados? Que este muchacho está enamorado de una chiquilla bonita como un dulce, y el padre de ella no quiere dársela, porque piensa casarla con otro.

—Tendrá dinero ese otro; porque yo no he visto gente más interesada que los padres de familia. De que un novio es pobre, le encuentran mil nulidades y mil defectos por no darle á su hija; y de que es rico, los mayores vicios son *pecata minuta*, y les parecen originalidades de carácter que les hacen muchísima gracia.

¿Se trata de sacrificar á una infeliz muchacha casándola con un *Nerón* que no la deje ni respirar, que la martirice con su mal genio, que la trate como si fuera su esclava; con un canalla que no la vea más que como el instrumento de sus placeres; con un tontazo de capirote que le dé motivos de queja á cado momento y que la fastidie con sus necedades? ¿Qué importa todo eso? Lo esencial, lo importante es que la niña esté vestida de sedas, y tenga pajes, y escuderos, y esclavos, y numerosa servidumbre; que vaya por esas calles de Dios deslumbrando con sus joyas y sus trenes, y que habite en un palacio; aunque el pan que cómo sea amargo como el acíbar; aunque las rosas de sus mejillas se marchiten; aunque los mármoles de su palacio brillen, más que por su tersura, por las lágrimas que los rieguen, y aunque detrás de las ricas tapicerías, y del lujo, y de la riqueza, se oculten los amargos dolores que hacen la desgracia de toda la vida.

Es esto lógico, esto es racional, esto es conveniente? ¿Desde cuándo tienen derecho de exigir ser felices esas mercancías que se llaman hijas, y que la naturaleza ha dado á algunos para explotarlas como se explota un filón de oro?

Martina escuchaba al Diablo asombrada, porque nunca había tenido con ella semejantes expansiones.

—De mi cuenta corre,—prosiguió Lucifer;—ó se casa este muchacho con la que ama, ó no valgo ya un comino para estos empeños, y renuncio el mando del infierno.

—¿Harás una cosa en regla?

—¡Cómo no! ¿Pues qué, me mamo yo el dedo? Ahora lo verás.

Y diciendo esto, Satanás se acercó á Mauricio y le pasó la mota del rabo por los ojos, haciéndole cosquillitas. Mauricio se estremeció, y salió repentinamente de la atonía en que estaba sumergido.

—¿Qué me quieres?—le dijo Lucifer tomando el aire grave de un mal cómico que hace el papel de rey.

—Quiero tu ayuda,—respondió Mauricio—y pídeme en cambio lo que quieras.

—Ya sabes que á desinteresado nadie me gana. No soy como los agiotistas de tu raza que hacen negocios con el gobierno: le prestan uno para que le devuelva ciento, y cantan el favor diez años, diciendo que se han arruinado por remediar á un amigo. Conque por el precio no hemos de pelear.

—Te he dicho que me pidas lo que quieras, pero concédeme lo que necesito.

—Pues hombre, por tratarse de tí, á quien tengo mucho cariño, seré parco en el pedir. Ahí me darás cualquier cosa; tu alma por ejemplo. Ya ves que te pido á precio de fábrica y que no saco ni los gastos. ¿Te agrada el precio?

—Sí,—dijo Mauricio con energía, porque en aquel momento se le ocurrió hacer trampa al Diablo cuando llegara el caso de pagarle.

—Veamos si te agradan las condiciones:

—La primera es que me has de firmar el contrato con tu sangre, para que luego no vayas á desconocer tu firma en un caso dado; la segunda es que nunca irás á misa ni hablarás con gente de Iglesia, porque, vamos, les tengo mala voluntad desde que me hicieron cierta mala pasada; y la tercera es que no seas muy largo en el pedir, para que no vaya yo á perder las hechuras y salga poniendo el hilo.

Yo te daré en cambio una cuerdecita que te pondré al cuello, sin que puedas sacártela, y á cada deseo tuyo que veas satisfecho, se le hará un nudo que no podrás tampoco deshacer, y mis favores acabarán el dia en que la cuerda te quede tan estrecha que no puedas respirar con ella, porque ya no tenga donde hacérsele más nudos.

—¿Pero la cuerda será bastante larga para que pueda anudarse mientras yo viva?

—Eso será según sean las veces que pidas; pues si eres ambicioso, en un dia se llenará y tendrás que prescindir de mis favores y de tu vida.

El joven reflexionó un rato, y dijo después al Diablo:

—Vengan la cuerda y el contrato.

Lucifer se arrancó una cerda del pecho, y anudándola por los extremos, la colocó en el cuello de Mauricio. Después se sacó de una oreja un rollo de pergamino que extendió delante del joven, y en el cual estaban escritas todas las cláusulas del contrato.

Martina presentó á Mauricio una pluma de tecolote, después de darle un arañazo en el brazo izquierdo

y de mojarla en la sangre que brotó de la herida, diciéndole con voz imperiosa:

—¡Firma!

Mauricio tomó la pluma y puso su nombre al calce del documento, y preguntó á Satanás:

—Todos mis deseos se verán cumplidos en el acto de formularlos?

—Todos sin excepción, como sucede en la comedia de *Los polvos de la Madre Celestina.*

— Está bien.

Mauricio enrolló el pergamino en que el Diablo había puesto también su firma, y quedó muy gozoso. aunque el documento aquel se parecía y mucho á las escrituras de arrendamiento que los propietarios de México hacen firmar á sus inquilinos, en las que todo son obligaciones para el arrendatario y no hay una sola cláusula por la cual se obligue á nada el dueño de la finca.

Después de esto, Santánas hizo una cabriola, pegó un estallido, despareció y dejó apestando á azufre.

Luego que el rey de las tinieblas desocupó el jacal, Martina dijo para sí:

—¡Ahora es la mia!

Y en seguida puso dentro de la camisa de Máxima y sobre su seno, un envoltorio que contenía un pedazo de piedra imán, un colibrí muerto y un hueso de los muchos que la vieja se robaba del Camposanto; objetos todos que tienen la virtud de ganar para la persona que los lleva consigo, el amor del que es amado por ella.

Terminada esta operación, la bruja sacó de uno de los bules que tenía colgados en la pared, una mufle-

quita de trapo, completamente igual á Máxima en la cara y en el vestido, y de otro bule igual, un muñeco que era el retrato de Mauricio, y enlazó los brazos de uno y otro, pasándoles el cuerpo con una espina de huizache que los unió estrechamente por el corazón. Metió las dos figurillas en un bule más grande, y regándolas con el líquido de una redoma, colgó ésta y el bule de un clavo, diciendo con alegría:

—¡Que venga el Diablo ahora á separar sus voluntades!

***

La hechicería habia concluido, y Martina, creyendo haber jugado una mala pasada á su maestro Lucífer, se fué al nichtenco (1) en donde brillaban todavía algunas brasas entre la ceniza; se sacó los ojos, (2) que ocultó debajo de uno de los tenamachtles, (3) y salió por la chimenea del jacal, volando como un harapo sucio arrebatado por el viento. Los murciélagos y las lechuzas la siguieron, y el perro aulló tristemente.

***

La noche iba á concluir, y el extenso horizonte que se descubría desde el sitio que ocupaba el jacal de la bruja, comenzaba á blanquear por la alborada; el cielo estaba diáfano, y por la parte del Oriente se percibía, inclinado y de un leve tinte naranjado, el inmenso cono de la luz zodiacal. Era la *madrugada grande*, como llaman á esa hora los campesinos, y

---

1 Hogar.

2 Creencia indígena.

3 Tres piedras redondas y calizas que se ponen al rededor del fuego, para colocar encima las vasijas.

aunque todavía no asomaban los primeros rayos del sol, se escuchaba ya el soñoliento gorgeo de algunos pájaros que no se decidían á abandonar el nido. Un vientecillo fresco comenzaba á soplar, y el ganado bramaba en los establos.

Era la hora en que Mauricio acudía á la orilla del rio á esperar á María del Amor Hermoso, y como movido por una fuerza extraña, sacudió el sueño magnético en que lo había envuelto la bruja, y abrió los ojos.

Máxima estaba á su lado teniéndole enlazado el cuello con sus brazos desnudos, y dejando ver en su hermoso rostro dormido las señales de una inefable felicidad.

Mauricio sentía que el aliento tibio de su prima acariciaba sus mejillas y una atracción invencible que lo retenía á su lado, sin que pudiera explicarse la situación respectiva que guardaban.

Los ojos del joven estaban fijos en el rostro de Máxima con una tenacidad inusitada, y se sorprendía de no haber reparado hasta entonces en la seductora belleza de su prima.

Mauricio acercó poco á poco sus labios á los de Máxima, é imprimió en ellos un beso apasionado. Al contacto de aquel beso, ella abrió los ojos y se incorporó violentamente en el lecho, ruborizada y cubriéndose el rostro con las manos. El se puso en pié, y comenzó á pasearse á grandes pasos por el jacal.

—¿Qué ha pasado aquí?—Dijo á media voz, procurando reunir sus recuerdos.

—No lo sé—le contestó Máxima sin atreverse á

mirarle el rostro;—solo recuerdo que he sido muy feliz, y tanto, como no esperaba serlo.

Mauricio guardó silencio, y su semblante se anubló al comprender el motivo de la felicidad de Máxima.

Ya la aurora teñía de púrpura los leves vapores del Oriente, y los jóvenes salieron del jacal para dirigirse á su casa; pero, sentada á la puerta, se encontraron á la vieja Martina que les dió los buenos dias con una sonrisa sesgada y maléfica.

—No ireis descontentos de mí, ¿no es verdad?—dijo la bruja clavando en los jóvenes la mirada de sus pequeños ojos.

—No, Martina—respondió Mauricio disgustado;—pero te ruego que no te presentes jamás delante de mí, si quieres evitarte un disgusto.

—No lo extraño,—repuso la vieja;—esto mismo hacen todos cuando han obtenido lo que deseaban. ¡Anda que alguna vez te acordarás de mí, y te pesará haberme sido ingrato.

—No lo esperes,—dijo Mauricio;—y él y Máxima comenzaron á bajar la cuesta de Santa Rosa.

***

María del Amor Hermoso había tenido un sueño muy agitado, interrumpido por espantosas pesadillas; así es que mucho antes de amanecer despertó con el corazón oprimido por negra tristeza.

—Qué loca soy,—se dijo al despertar;—mi padre me dice que no debo creer en sueños, y hago muy mal en afligirme por lo que he soñado. Mauricio me ama,

y no podría jamás recibir las caricias de otra mujer sin sentirse herido por los remordimientos.

En seguida hizo su oración á la Virgen, y notó que aun después de esto, la tristeza no la abandonaba, y que su pecho lanzaba hondos suspiros que no podía contener.

CAPITULO VII.

EL PODER INFERNAL.

Habían pasado ya dos años desde que Mauricio hizo el pacto con el diablo, y en el pueblo de Atotonilco se notaba una conmoción profunda por los extraños acontecimientos que habían tenido lugar.

Esta conmoción era producida por el cambio tan notable verificado en la posición de Mauricio, pues aunque siempre había sido honrado y trabajador, su honradez y su trabajo le proporcionaban un bien estar y una comodidad que distaban mucho del esplendor que desde hacía poco tiempo desplegaba.

El joven no era ya el modesto arquitecto que causaba la desesperación de las mozas del barrio en que vivía, ni gastaba el buen humor que todos le celebraban grangéandole la simpatía general. Su carácter se había agriado de modo notable, y hasta á su prima

Máxima trataba con aspereza, como si la inmensa fortuna de que disponía hubiera sido parte á cambiarlo de manera tan radical.

Tanto este cambio, como la repentina fortuna de Mauricio, llamaban la atención general, y nadie acertaba á explicárselos satisfactoriamente.

Lo que se veía era, que mientras los terrenos de labor de los agricultores de los contornos producían la cosecha ordinaria, los de Mauricio causaban envidia por la exuberante abundancia de sus frutos. En el año anterior las lluvias fueron escasas, y á pesar de eso, las milpas de Mauricio se vieron coronadas de gruesas mazorcas, cuyos enormes granos las hacían inclinar al suelo, agobiándolas con su peso; sus ganados innumerables sobresalían de los demás por su tamaño y robustez, y nunca se vieron cerdos mejor cebados que los que tenía Mauricio en sus zahurdas.

Por otra parte, todos sabían que el arquitecto del barrio del *Chichimeca* había comprado algunas haciendas, cuyos administradores venían con frecuencia á verlo, trayéndole gruesas sumas de dinero; y en el pueblo se aseguraba que aquellas ricas fincas de campo habían sido compradas por Mauricio con el dinero que tenía ahorrado, y con el producto de una cuantiosa herencia.

Para vivir conforme á sus recursos, el joven había hecho construir un verdadero palacio, en que no se sabía qué admirar más, si el buen gusto de su arquitectura, ó la elegancia de su mueblaje.

Los jóvenes amigos suyos con quienes había pasado su infancia, no se atrevían á tutearlo como lo acostumbraban, y lo veían con cierto respeto, creyéndose muy inferiores en clase á su antiguo camarada.

Máxima había sufrido también una trasformación completa. Sus ojos habían tomado una expesión especial, que cautivaba al que la veía, no pudiendo permanecer indiferente á sus miradas ninguno de los mozos de la población que antes no se fijaban en ella. Había embarnecido considerablemente, aumentado su hermosura hasta un grado incalculable, y haciendo padecer á muchos de ella se prendaban, porque su corazón era inaccesible, estando consagrado por completo á amar á su primo.

Máxima vivía con Mauricio, ejerciendo sobre él un dominio incontrastable que causaba la intranquilidad del joven.

Sin saber por qué, Mauricio se veía subyugado por las caricias de su prima; y aunque hacía los más enérgicos propósitos de resistirlas cuando se hallaba fuera de su casa, su voluntad era débil y su valor nulo desde que llegaba á la presencia de su prima, teniendo que ser dócil al menor de sus caprichos, que tanta amargura y tantos remordimientos le causaban.

Este amor contra su voluntad lo tenía contrariado profundamente, y mil veces pensó en alejarse de su prima que lo perseguía como una sombra, aterrándole con la vehemencia de su volcánica pasión.

Mauricio llegó á sentir por Máxima una aversión que no le era dado dominar; y cuando reflexionaba á solas sobre su situación, recordaba los halagos de su prima con desagrado, y experimentaba hácia ella los síntomas del odio mas profundo.

Entretanto, las entrevistas de María y su novio habían continuado como siempre á la orilla del rio; pero

la hija del molinero no pudo dejar de notar la tristeza de que era presa Mauricio, y recelosa de Máxima, referia constantemente al arquitecto sus temores y desconfianzas.

El joven procuraba tranquilizarla hablándole de la proximidad de su enlace, y ella fingía creer en las palabras de Mauricio, aunque sin dejar de temer por la pérdida de su amor.

Una mañana, hablaban entre los jarales del río, y Mauricio dijo á María del Amor Hermoso:

—Ya has visto, María, que alentado por tu amor he llegado á la altura que tu padre deseaba, y me parece que ya es tiempo de exigirle el cumplimiento de su promesa.

Dos años han pasado desde aquel dia, y mi posición no puede dejar de satisfacer sus deseos.

—Así lo creo también; y si te decides á hablarle, bueno será que lo prepare, anunciándole que irás á verlo.

—Entonces, hasta la noche y pídele á Dios que no tengamos ya dificultades para nuestro enlace.

Y los jóvenes se separaron.

Máxima sabía las entrevistas de su primo con la hija del molinero, y esto la hacía desgraciada. Varias veces había visto á Martina para que causara en María alguna grave enfermedad; pero la bruja se negaba á hacerlo porque sus artes eran impotentes contra las personas que Satanás, su amo y señor, tomaba bajo su protección. El pacto de Mauricio ponia á María á cubierto de todos los hechizos.

Viendo la enamorada joven que sus esfuerzos eran

inútiles, y que tendría que representar indefinidamente el vergonzoso papel á que estaba reducida, decidió impedir á todo trance el enlace de su primo con la hija del molinero, contando á señor Pedro el origen de la riqueza de Mauricio; segura de que sabiéndolo, no consentiría en admitir por yerno suyo á un hombre que había vendido su alma al diablo.

Al efecto, se trasladó al molino, mientras Mauricio hablaba con María del Amor Hermoso entre los jarales del río, y presentándose á Pedro, que se hallaba en los corrales, le dijo, fingiendo una aflicción que no sentía.

—Señor Pedro, vengo á comunicar á usted una pena que me aflige, para ver si su experiencia y sus años me dicen lo que debo hacer.

—¿Pues qué te pasa, Máxima?

—¡Qué me ha de pasar! Que Mauricio está triste cuando más motivos tiene para estar alegre; pues desde que se ha hecho poderoso y vive en un palacio, su sueño es agitado y la tristeza ha puesto amarillo su semblante; que él tiene algún secreto que amarga su vida, y que yo no puedo verlo así sin sufrir con sus penas.

—¿Pero tú no sabes qué causa pueda tener su melancolía?

—¡Ah! si yo la supiera.......Solo sé que una noche no fue temprano como de costumbre á nuestra casita del barrio del *Chichimeca*; y que á partir del dia siguiente, en que volvió, ya entrada la mañana bajando la Cuesta de Santa Rosa, no ha tenido una hora buena, ni la risa ha vuelto á verse en sus labios como antes.

—¿Y qué fué á hacer á la Cuesta de Santa Rosa? —preguntó el molinero frunciendo el ceño, porque una negra sospecha había nacido en su alma al escuchar las palabras que Máxima dijo con falsa ingenuidad.

—Tampoco lo sé,—respondió la joven;—pero á su vuelta ví que traía una cuerda sin añadidura al rededor del cuello, que mas parecía un talismán, que cosa buena. Por más que le he preguntado el significado de esa cuerda, no ha querido decírmelo, y solo sabré decir á usted que cada vez que Mauricio consigue que se le realice algún deseo, aparece en ella un nudo misterioso, hecho por una mano invisible.

—Pero vamos á ver, ¿qué crees tú que tenga Mauricio y á qué atribuyes su negra tristeza?

—Si le digo á usted que no lo sé, señor Pedro; pero me parece que todas sus riquezas no vienen de parte buena, y que esto que él siente es algo como remordimiento de haber dado un mal paso.

Pedro se quedó pensativo, adivinando casi lo que pudiera acontecer á Mauricio, y temiendo por su hija que hubiera algo de hechicería en la rapidez con que el arquitecto había cambiado de posición, haciéndose uno de los más ricos de muchas leguas á la redonda.

Máxima representaba perfectamente su papel, y ni remotamente sospechó Pedro el interés que la guiaba al ir á verle.

—Pues mira, muchacha,—le dijo el molinero;—lo que me cuentas es más grave de lo que te imaginas, y será necesario aclarar este punto lo más pronto que se pueda; porque si desgraciadamente Mauricio hubiera tenido la impiedad y la locura de recurrir á las ma-

tito. Pedro bendiciendo la feliz casualidad que le llevaba al arquitecto, y su hija diciendo para sus adentros:

—¿Qué será lo que mi padre quiere de Mauricio?

CAPITULO VIII.

EL SANTUARIO.

Desde la milagrosa renovación de la Virgen de San Juan comenzaron á repetirse los prodigios que por obra suya se verificaban y á difundirse la fama de ellos por todos los ámbitos de la Nueva España, á tal grado, que de muy luengas tierras venían hasta el pequeño pueblecillo los más acaudalados comerciantes y agricultores, á cumplir les votos ofrecidos por alguna merced de la soberana imágen.

La multitud de sus beneficios hacía que fuera muy numeroso el concurso de personas que venían en romeria todos los años, en el mes de Diciembre, á tributan á la Vírgen su devoción y agradecimiento, traducidos en valiosísimas ofrendas de oro y joyas de gran precio, que aumentaban anualmente el tesoro de la milagrosa imagen.

En 1646, el Papa Urbano VIII presentó como obispo de Guadalajara al Dr. D. Juan Ruiz Colmenero, quien tomó posesión del obispado el dia 24 de Diciembre de 1647.

Viendo este señor la gran fama que había adquirido la Virgen de San Juan, y los muchos romeros que venían anulmente á visitarla, determinó sacarla del Hospital, en cuya iglesia permaneció expuesta al público despues de su renovación; y al efecto mandó construirle un espacioso templo en dondo pudiera ser venerada de manera mas digna; pero sucedió que de año en año era mayor el número de las personas que desde remotas provincias concurrían á cumplir votos, y con este motivo es estableció una feria que jamás tuvo ejemplo en otros países.

Las personas que venian de las provincias de las Nuevas Galicia, Vizcaya y Estremadura, llegaban á San Juan en los últimos días de Noviembre y primeros de Diciembre, alojándose en todas las casas del pueblo, que no eran bastantes á contenerlas, y haciendo barracas en las plazas y lomas circunvecinas.

Desde el dia 1° hasta el 8 de Diciembre había gran fiesta entre los naturales de San Juan y los que venían á visitar el Santuario; y los capellanes de éste procuraban obsequiar á sus huéspedes con todo el lujo que exigían sus altas dignidades y elevada posición social.

Había la costumbre de sortear un mayordomo, después de hecha la función con grande magnificencia, y en este sorteo entraban los hombres mas acaudalados de todo el país. El nombrado tenía obligación de hacer los gastos, tanto del novenario, como de fuegos

de artificio y mesas francas para los eclesiásticos y seglares, en todo lo cual ninguno queria manifestar menos desprendimiento que su antecesor.

El diablo estaba furioso con todo lo que pasaba en San Juan, pues veía que de nada habían servido sus recursos para aniquilar á la Virgen su jurada enemiga; y lo que más le afligía era que el cerro aquel, que formó de piedras para destruir la población, era el medio de que su rival se valia para conceder favores á los que ocurrían al Santuario solicitando el alivio de de sus males.

Como saben nuestros lectores, el cerro se convirtió en una aglomeración de bolitas de tierra blanca, y y de esta tierra se hacían panecitos que llevaban esculpida la imagen de la Virgen de San Juan; y eran tan solicitados por todos, que cada año se consumían muchas cargas de ellos, en razón de que se les encontraba la virtud de sanar todas las enfermedades y las picaduras de animales ponzoñosos, sirviendo también para satisfacer cualquier apetito, en comiendo una poca de la tierra de que se fabricaban.

El Diablo se daba á doscientos mil demonios con el auge que había tomado el santuario; y para vengarse de él infiiltró en el corazón de los devotos romeros la comezón de la avaricia, é hizo que el lugar destinado á la oración y á glorificar á Dios se convirtiera en mercado, en feria, en sitio de recreo, de especulación y aun del vicio; pues al poco tiempo de haberlo resuelto así el rey de los condenados, el pueblo de San Juan se veía invadido por mucha gente perdida que desde muy lejanas tierras venía á especular á su manera.

El alquiler de las casas subió al grado de pagar por una pieza pequeña con puerta á la calle, quinientos pesos por los ocho dias que duraba la feria, disputandose la preferencia con un mes ó dos de anticipación los que querían obtenerla. Las solitarias y tranquilas calles de San Juan se vieron invadidas por el ruido y los juramentos de los vendedores; y entre aquella impía multitud que comerciaba, sentaron sus reales los mas tentadores garitós, en donde el oro se veía apilado, habiendo una verdadera fortuna encima de cada mesa. Al lado de cada casa de juego se instalaban las mujeres perdidas, que en gran número venían de todo el país á provocar á los devotos, y los ladrones que ejercían su industria de mil hábiles maneras entre la confusión y el barullo que allí reinaban.

Atraída por los encantos que ofrecía la feria de San Juan, la concurrencia era mayor cada año; y como dejaba al Santuario muy buenas utilidades á pesar de la irreverencia y el poco celo religioso de que daba muestras, el obispo de Guadalajara D. Nicolas Cárlos Gómez de Cervantes, quiso que los fieles que á la fiesta anual concurrían, tuviesen un nuevo y anchuroso templo en que cupieran todos; pues aunque el Santuario era bastante capaz, muchos de los concurrentes no lograban ver á la Virgen par falta de espacio; y gastando sin llevar cuenta, mandó construir el actual Santuario, comenzándose la obra el dia 30 de Noviembre de 1732, y concluyendo en 1790.

La plaza principal de San Juan mide un espacio de 60 varas en cuadro, y el Santuario ocupa uno de sus frentes en un terreno de 105 varas de largo por 86 de

ancho; su arquitectura es de tres órdenes, dórico, jónico y compuesto por el exterior, y el interior del templo es dórico, ornamentado con mucho lujo y elegancia. Las torres son góticas y tienen cuatro cuerpos, y el último sin columnas, y sobre éste descansan las bóbedas y linternillas, superadas por dos grandes cruces de lámina de hierro caladas como filigrana. La altura, desde la parte superior de las cruces hasta el atrio, es de 76½ varas, y el aspecto del edificio es esbelto y elegante, estando hecho de piedras de colores vivos, y pudiendo admirarse en él las canteras azules, rojas, blancas, amarillentas y grises.

Una grave dificultad se había presentado á la conclusión de la obra, y fué que llegaba ya el dia de la Virgen, y las cruces no estaban puestas aún, porque el herrero que tenía el encargo de hacerlas no las había concluido.

Entonces el padre Capellán resolvió que se quitaran los andamios para que no presentaran fea vista durante la feria, aplazando la colocación de las cruces para despues. Se hizo así, y la fiesta tuvo lugar con grande admiración de los concurrentes, que no se cansaban de hacer grandes elogios de la obra.

Pasó la feria de aquel año, el herrero acabó las cruces, y el Capellán buscó quien las pusiera; pero era difícil por demás la empresa, pues no habiendo andamios ni pudiendo colocarlos por haber sido tapados los agujeros en que estaban, la cosa se hacía peligrosísima para el que quisiera atreverse á subir á semejante altura, llevando colgado al cuello el enorme peso de la cruz.

Allí fué el ofrecer recompensas y premios al que lo hiciera, y el no querer hacerlo ninguno que estimara en algo su existencia; allí fué el prometer absoluciones é indulgencias plenarias al que se comprometiera á llevar á cabo la dificultosa tarea, y el asegurarle para él y para su familia la salvación eterna; pero á pesar de los inauditos esfuerzos del Capellán y del Obispo de Guadalajara, de los muchos sermones que se predicaron en toda la diócesis encareciendo la necesidad de la obra, nadie se presentaba á ejecutarla.

Y era que el diablo quería impedirlo, y se estaba saliendo con la suya.

Cierto dia se presentó al padre Capellán un individuó que revelaba en su mirada algo de extravío mental, y le dijo que sin recibir ninguna recompensa se comprometia á poner las cruces en su sitio. El padre Capellán mandó que imediatamente le dieran chocolate, y no hallaba en dónde poner á aquella preséa de católicos y modelo de fieles cristianos, que exponía su vida por el solo gusto de ver concluida la portentosa obra del Santuario.

Se determinó que al día siguiente se dispondría todo; y cuando el hombre aquel subió á las bóvedas de la iglesia, á donde habían sido llevadas las cruces, un enjambre de abejas que tenían sus colmenas por ahí cerca, salieron furiosos y picaron al atrevido hasta no dejarle cara en que persignarse.

El hombre bajó de la azotea más que de prisa, con intención de no volver á mezclarse en lo que no le importaba.

Aquella tentativa alentó á otros varios, y al dia siguiente se presentó al Capellán un joven que acep-

taba los ofrecimientos hechos, y que se resolvía á coronar las torres.

Eran las primeras horas de la mañana, y en el acto se trasladaron el Capellán y una multitud de personas al atrio de la iglesia, para presenciar la operación. El joven ascendió á la azotea del Santuario, y poniéndose una cruz á la espalda, subió por el interior de una de las torres.

La plaza estaba llena de gente esperando el resultado de aquella atrevida empresa, cuando por uno de los arcos del último cuerpo de la torre, se vio aparecer al joven, que con la cruz á la espalda comenzaba á subir á la linternilla, tomándose con una cuerda de las molduras y almenas que servian de adornos en la arquitectura.

Todos callaban, sobrecogidos de espanto, temiendo que aquel desgraciado fuera á desprenderse desde tan considerable altura, y el padre Capellán tenía la mano derecha prevenida y la boca abierta para pronunciar el *ego te absolvo* en el momento que el joven viniera abajo por el camino más corto.

De repente se vió en la parte superior de la linternilla al atrevido mancebo, que se puso en pié y descolgó de su cuello la enorme cruz. Se inclinó un poco y á penas pudo percibirse su voz, que preguntaba gritando:

—¿En cuál agujero la coloco?*

El padre Capellán sabía que no había más que uno solo, y por lo tanto juzgó que el joven era presa del vértigo y que pronto iba á caer. Así fue que le mandó

---

* Histórico.

la absolución con mucho fervor, y á poco, los espectadores lanzaron un grito unánime, y el joven se precipitó en el abismo, haciéndose pedazos en el piso de la calle.

* * *

Esto pasaba el año 1792; y la noticia de lo ocurrido llegó á Atotonilco, precisamente en los días en que Mauricio iba á tener la última entrevista con Señor Pedro el Molinero.

El arquitecto se presentó en el molino resuelto á no salir de allí sin obtener el permiso de Sr. Pedro para casarse con María del Amor Hermoso, y el molinero le recibió con la firma resolución de no dejarle salir de su casa sin averiguar el misterio que encerraba la cuerda de que le había hablado Máxima.

—Buenos dias, señor Pedro,—dijo el joven entrando.

—Adios, Mauricio, ¿qué vientos te echan por acá? le respondió el molinero.—Pues desde que te has hecho hombre de posibles, te das mucho á deseo y no se logra verte la cara.

—A hablar con usted vengo, sobre un asunto que á los dos nos interesa.

—Vamos, ya adivino. Vienes á decirme que tienes para el desayuno de mi hija, y qué ya no hay miedo de que á tu lado se muera de hambre.

=Precisamente.

—¡Vaya, hombre! si eso ya lo sé y lo sabe todo el mundo; pero ¿qué quieres? ahora tengo una nueva di-

ficultad, que espero que desaparezca luego que hablemos

—¿Dificultades todavía? ¡Válganos Dios, señor Pedro, y como se complace usted en hacernos sufrir!—Dijo Mauricio verdaderamente contrariado.

—No te alarmes, hijo, que no es para tanto el negocio, pues únicamente se reduce á que me cuentes la procedencia de tus riquezas, y me expliques la brevedad con que las has adquirido.

Mauricio se puso densamente pálido, y tartamudeó algunas palabras ininteligibles; pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, respondió serenándose:

—¿Su procedencia? ya sabe usted, la muerte de mi tio. ¿Su brevedad? con aquella herencia mejoré mi hacienda, y una y otra me producen más de lo que esperaba.

—Bien está; eso lo dicen todos los que te conocen en el pueblo, y yo lo creo sin dificultad; pero se murmura algo muy feo en contra de tu reputación de cristiano, y aun se aventuran á decir que tienes un misterioso talismán que te ha proporcionado cuanto poseees.

—¡Señor Pedro!—murmuró Mauricio desconcertado.—¿Cómo puede usted dar oidos á semejantes voces, cuando soy conocido de todos y nunca fué más religioso que yo ninguno que de ello se preciara?

—Se dice, hijo mio, se dice, y yo no lo creeré si de lo contrario me convenzo.

—¿Qúé prueba pudiera yo darle que tal resultado me proporcionara?

—Una mny sencilla;—respondió Pedro fijando una mirada investigadora en el rostro de Mauricio.—Di-

cen que ese talismán, de tu cuello no se separa ni de dia ni de noche, y que por feliz te tuvieras á poder arrojarle lejos de tí.

—¡No es cierto, señor Pedro, no es cierto!

—Así lo creo yo, pues te conozco; y sería para mí un grave pesar encontrarle sobre tu cuerpo. Vamos á ver, que el talismán no exista, y María será tu esposa tan pronto como quieras.

Mauricio permaneció mudo con la vista fija en el suelo, deseando ardientemente verse libre de la prodigiosa cuerda.

—¿Por qué callas? ¿Por qué se revelan en tu semblante la confusión y el espanto? ¿Será posible que tu amor hácia mi hija te haya llevado al abismo de la impiedad?— Dijo Pedro con exaltación, y se arrojó sobre Mauricio abriéndole con fuera la camisa, con las manos trémulas por la emoción de que estaba poseido; pero vió con júbilo que su moreno cuello aparecía libre de todo lo que pudiera ser un amuleto.

Mauricio no se atrevía á hablar, creyendo que el molinero iba á estallar en cólera y á rechazarle; pero su sorpresa fué grande cuando el viejo dijo con voz afectuosa, arreglándole el vestido que sus manos habían puesto en desorden:

—Perdóname, hijo mio, perdona los justos temores de un pobre viejo que á su edad puede ser engañado fácilmente.

El diablo vino muy despacito y volvió á colocar en el cuello de su protegido, la cuerda que por un instante alejó de él, y en la cual había hecho un nuevo nudo.

—¿Ya lo ve usted?—dijo Mauricio sin acertar á

comprender lo que pasaba.—El talismán no existe, y usted no ha tenido razón para juzgarme con tanta crueldad. Mis riquezas son el fruto de un trabajo constante, agregado á la hacienda que por herencia me ha venido, ¿Hay en esto algo de inexplicable ó de sorprendente?

—Ciertamente que no lo hay; pero es raro que ni yo, que ya soy viejo, ni ninguno del pueblo, de los muchos que te vieron nacer y conocieron á tu familia dos generaciones atrás, haya sabido nunca que contabas con ese pariente rico, cuya herencia te ha hecho millonario, causando el asombro de todo el que mira tus posesiones.

Estas palabras de Pedro fueron dichas lentamente, teniendo la vista fija en el suelo y mordiéndose con distracción el extremo del índice de su mano izquierda.

Mauricio vió con espanto que el molinero no abandonaba su primitiva sospecha.

—Vamos á ver,—continuó el viejo;—y perdóname lo que voy á decirte. Tú quieres á mi hija al grado de no creer que exista la felicidad sino á su lado; yo la quiero también como á las niñas de mis ojos; me veo en ella y siento que me muero cuando tiene que sufrir la más leve enfermedad; por lo mismo, convendrás conmigo en que si me resuelvo á separarme de ella, es únicamente teniendo la plena seguridad de que fuera de mi techo ningún mal la amenaza; de que ausente de mi vista y lejos de mis cuidados, estará contenta y feliz; de que mis caricias y mi afecto no servirán de lenitivo á sus males, sino antes bien para aumentar los muchos goces de que disfrute á tu lado.

En tal concepto, sé cuerdo y concédeme una última prueba de que tu conciencia está limpia de toda mancha; de que Dios protegerá tu unión y dará alegría á tu hogar, y de que tus hijos no tendrán jamás que avergonzarse de su padre.

—¿Qué quiere vd. decir?

—Quiero decir que tú has sido acusado á mis ojos, de hechicería, y que para desvanecer esta idea te comprometas á hacer lo que voy á indicarte.

—Hable vd.,—respondió Mauricio con resolución.

—Pues bien,—continuó el molinero;—tú eras un hábil arquitecto antes de que la fortuna te favoreciera.

—¿Y bien?

—Tú tienes la cabeza fuerte, y no te dan vahidos ni te desvanecen las alturas. ¡Claro está! como estás acostumbrado á andar por andamios elevados...

—Es verdad; pero no comprendo lo que vd. quiere decirme.

—Pues mira tú, es una cosa muy sencilla que ningún trabajo te costará, y que me dejará tranquilo respecto de la suerte de mi hija.

—Señor Pedro, acabe vd., por Dios, que me está matando con sus palabras.

—Vas á oir; pero no te impacientes, hijo mio, pues todo esto es por lo mucho que te quiero, y no estaría bien que lo llevaras á mal.

Ya has sabido que el santuario de San Juan de los Lagos está concluido del todo, y que solo le faltan las cruces, lo cual es una lástima, porque ¡vaya un templo bonito! Estoy seguro de que es el mejor del

reino, y de que ha de causar admiración á los que le visiten. Una obra tan acabada se ha quedado incompleta, porque nadie ha podido ponerle las cruces; pero, ya se ve, ¿quién ha de ponerlas si no es un arquitecto hábil y entendido como tú?

Los ofrecimientos que se han hecho en todo el reino por boca de los señores curas, no te han tentado de codicia, porque al fin tú eres rico, y no estaria en el órden que te expusieras sin tener necesidad; pero mira, hijo, no veas la cosa por el lado del lucro; mírala por la buena acción que no quedará sin premio, y que te servirá de que yo vea desaparecer mis escrúpulos; porque, eso sí, en poniendo tú las cruces, cómo había yo de decir que el diablo tenía nada que ver contigo!

La función de la Santa Virgen está muy próxima, y el mes entrante será la fiesta; todos los que concurran á ella pronunciarán tu nombre con admiración, si llevas á cabo una obra tan difícil como meritoria, y María será tu esposa al día siguiente. Conque, lo harás, ¿no es verdad que lo harás?

Mauricio había escuchado las palabras del molinero, sumido en una meditación profunda; y cuando éste acabó de hablar, permaneció mudo, porque dudaba si aquella acción podría ser exigida á Satanás.

—¿Qué me respondes? le preguntó el molinero.—¿Harás lo que te digo?

—Sí lo haré, respondió Mauricio seguro de cumplir lo que decía, porque recordó que en el contrato celebrado con Lucifer, no se determinaba la clase de peticiones que debía hacer para verlas satisfechas.

El molinero abrazó á su futuro yerno en un trans-

porte de alegría; y el diablo, que había asistido á la entrevista, sentado en lo alto de la cornisa de la puerta, se dió media docena de cachetes y salió disparado por una claraboya, yendo á esperar á su protegido á su mismo palacio.

CAPITULO IX.

TRAS DE LA CRUZ ESTÁ EL DIABLO.

Mauricio salió del molino algo contrariado por la nueva exigencia de señor Pedro, y resuelto á obtener de Satanás aquel favor, aun á costa del mayor de los sacrificios.

Llegó á su casa, y Máxima salió á su encuentro con la misma afabilidad de costumbre, echándole los brazos al cuello y devorándole con su mirada apasionada y ardiente.

La jóven notó con placer que su primo iba pensativo, y creía que su estratagema había producido el resultado que se proponía; pero Mauricio la rechazó con fastidio y se dirigió á su habitación, encerrándose en un gabinete que tenía balcones con vista al campo; mas cuando iba á sentarse en un sillón que estaba cerca de su mesa de despacho, vió con sorpresa que Satanás descansaba en él muy tranquilo, mirando con distraccion el artesonado del gabinete.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó Mauricio con mal humor.

—Te estaba esperando,—respondió Lucifer,—para que vengamos á cuentas, porque según veo. tú no tienes en consideración los términos de nuestro contrato ni la calidad de los contratantes, y pides, á ojo y sin medida, como quien le pide á Dios ó al gobierno.

—Extraño tu lenguaje—replicó Mauricio—porque yo te he dado lo más caro que tengo, que es mi alma, en cambio de unos cuantos favores que nada te cuestan; y creía que estaba en mi derecho al exigir de tí todo lo que juzgara necesario para mi felicidad.

—¡Valiente cosa es tu alma! ¡Y me exiges que por adquirirla haga todo lo que se te ocurre, aunque sea una barbaridad como la presente!

Si te diera gusto en esto, no obraría conforme á lo que soy, y por consiguiente desnaturalizaría mi tipo.

—Pero es que te has obligado á satisfacer mis deseos en el acto de formularlos, sean de la clase que fueren.

—Convengo en ello, hijo mio, convengo en ello; ¿pero sería prudente y cuerdo que porque un criado tuyo se compromete á servirte en todo lo que le mandes, le exigieras que te bajara una estrella con la mano ó que volara como golondrina ó cantara como un huitlacoche? Es claro que nó, y esto te probará que mi compromiso no se extiende más allá de mis facultades. ¿Cómo quieres que yo me encargue de poner las cruces del Santuario, si precisamente he jurado que nadie las pondría, y que he de causar todo el mal que pueda á esa virgencilla que me despojó de mi templo y de mis adoradores?

Pues mira, hijo: según veo, si me descuido un poco, vas á pedirme que haga un comerciante que no sea contrabandista; un general humanitario y de buen corazón; un político leal y sincero y un literato sin envidia.

—Será lo que tu quieras, dijo Mauricio enfadado; —pero tienes que satisfacer á toda costa este deseo que hoy te manifiesto, aunque cobres doble en mi cuenta corriente.

—Pero hombre,—respondió Satanás con mucha calma,— ¡si la cuerda te queda ya demasiado estrecha y así poco deben durar mis favores!

—¿Cuántos nudos podrás hacerle todavía?

—No lo sé, pero no serán ya muchos que digamos, pues has pedido con tanta necesidad, como el que acostumbrado á vivir del presupuesto, logra pescar un empleito en rentas después de haber estado cesante tres años.

—Cuenta los nudos,—ordenó Mauricio á Lucifer, impaciente por la murmuradora charla que usaba en aquellos momentos supremos para el arquitecto.

El Diablo se levantó de su asiento, y pasando las velludas manos por el cuello de Mauricio, comenzó á contar, diciendo pausadamente:

—Uno, dos, tres, cuatro.

Y se detuvo mirando al joven y sonriendo diabólicamente.

Mauricio escuchaba con atención, y lleno de la mayor ansiedad dijo al diablo cuando se detuvo:

—¡Sigue!

—Si ya no hay más—respondió Lucifer; y miró al joven de una manera sarcástica y burlona.

—¿Que no hay más?

—¡Que nó!

—Así es que pronto me veré enteramente á tu disposición sin poder evitarlo?

—Seguramente.

—Pues bien, quiero aprovechar los nudos que faltan, y me entrego á tí enteramente. Son cuatro ¿no es verdad?

—Cuatro y nada más.

—Bien está. El primero será en cambio de que pongas las cruces.

—Pero........

—No hay pero que valga.

—Las pondré, pero no volverá á sucederme con otra cosa semejante.

—El segundo,—continuó Mauricio,—será porque me libres del amor de mi prima que me cansa, me subyuga y me hace desgraciado.

—Para eso no tendré mas que ir á casa de Martiña la bruja, y separar dos muñecos que representan á Máxima y á tí, y que la vieja unió con una espina de huizache.

—¿Cuándo lo harás?

—Esta misma noche.

—El tercer nudo lo harás por quitar mi firma del pacto que hemos celebrado, poniendo en su lugar la de otro cualquiera, y el cuarto te lo regalo generosamente para que mi sustituto te pida lo que más le convenga.

—¡Cómo es eso!—dijo Satanás, dando tal salto que rompió el techo de la habitación con la cabeza.—No

faltaba más sino que cuando voy á ver logrado el fruto de mis afanes, me fueras saliendo con semejante pata de gallo.

—¿Estás á mis órdenes, ó no lo estás?—preguntó Mauricio con mucha calma al Diablo, que echaba chispas por los ojos.

—Sí que lo estoy; pero esto equivale á que te burles de mí y me dejes con un palmo de narices después de haberte aprovechado de mi poder.

—No es cierto—replicó Mauricio;—porque si bien no será tuya mi alma, tendrás otra que la sustituya, y para tí es enteramente lo mismo.

—En eso tienes razón; pero crees que haya un imbécil que quiera aceptar semejante cambio?

—Desesperados nunca faltan.

—Sí, pero esos se me dan *gratis* suicidándose ó batiéndose con otro tonto, y si ninguno quiere voluntariamente aceptar el cambio, es imposible darte gusto.

—Pues tú sabes lo que haces, pero ello es que necesito que quites mi firma del contrato, y esta cuerda que ya siento que me ahoga.

—Buscaré, aunque creo que la cosa no es fácil de allanar, y te doy las gracias por tu generosidad de cederme el cuarto nudo.

Y el pobre Diablo salió con el rabo entre las piernas, mordiéndose las uñas y dando unos suspiros de enamorado que partían el alma.

***

Mauricio casi había asegurado su salvación, y con-

tento por su buena suerte, comenzó á disponer sus cosas para el viaje á San Juan, pues la feria estaba ya muy próxima.

En todo el pueblo de Atotonilco se hacían iguales preparativos, y casi no había uno solo de sus habitantes que no estuviera arreglando algunos efectos que llevar á tan celebrado comercio.

El molinero había hecho grande acopio de harinas, granos y ganados, y esperaba sacar muy buen provecho de su venta, y hasta el menos acomodado del pueblo disponía algunas cargas de fruta para vender en los dias de la función.

Llegaron los últimos dias de Noviembre, y los caminos se vieron cubiertos de gente que se dirigía á San Juan, ya á pie, ya en burros, y ya en encamisados coches de camino, seguidos de ocho ó diez mozos competentemente armados para mayor seguridad.

Mauricio dispuso su marcha en compañía del molinero, y salieron de Atotonilco en los primeros dias de Diciembre, habiendo tomado con anticipación un buen alojamiento que pagaron á un alto precio.

La población de San Juan estaba más animada que nunca, y en todas las calles, las plazas, y aun en las lomas circunvecinas, se habían levantado barracas de madera y petates para los romeros y comerciantes, pues las casas estaban alquiladas por piezas, y había en cada una de ellas quince ó veinte familias.

El precio de los arrendamientos subió aquel año á tal extremo, que el interior de las habitaciones, los corredores, los patios, y los corrales, se alquilaron dividiendo el piso con líneas blancas de cal, en espacios

de tres varas de longitud por una de latitud, los cuales servían apenas para que durmiera un individuo, pagando un peso diario por el alquiler.

El alojamiento incómodo que Mauricio había mandado alquilar, estaba situado cerca de la calzada que aun se mira en la salida para Guadalajara, y por consiguiente muy distante del centro de la población.

El primer día que el arquitecto y la familia del molinero pasaron en él, Pedro tuvo necesidad de comer fuera de su casa, porque el crecido número de gente que literalmente llenaba las calles, le impidió volver á buena hora; pero afortunadamente en ese mismo día, habló Mauricio con el Capellán mayor del Santuario, y luego que manifestó su resolución de poner las deseadas cruces, el joven se vió hecho objeto de los cumplimientos más sofocantes y de las atenciones de toda la gente grave que en la casa del Capellán estaba alojada.

Los curas, los frailes, los canónigos y hasta el mismísimo Señor Obispo que había concurrido á la fiesta, se disputaron la honorífica satisfacción de abrazar al joven arquitecto, atribuyendo á santo celo religioso infundido por Dios, la acción que dictaba solo el deseo de ver satisfecha una pasión mundana, y que no se llevaría á cabo sin la *generosa* protección y ayuda de Satanás.

¡Qué preguntarle aquel por sus antecedentes, celebrando con sonrisas de aprobación y con movimientos de cabeza la mayor sandez que el arquitecto profería! ¡Qué pretender averiguar aun el menor de los detalles de la vida de Mauricio, como si todos aquellos reverendos pensaran escribir su biografía! Y por último,

¡qué colmarle de regalillos, atestándole de estampas de la imagen, rosarios, aros de jalea hecha con miel virgen, ramitas de salvia bendita, panecitos de tierra milagrosa, relicarios con polvo del que se junta en el templete de la Santa Señora, escapularios, medidas de liston etc., etc.!

Mauricio ya no tenía en donde poner aquellas muestras de simpatía, y le faltaban palabras para manifestar su agradecimiento, cuando una señora que tendría á lo menos cincuenta y ocho años y que llevaba falda de alepin corta, mangas de globo, medias de seda caladas, que dejaban entrever un pié enjuto aprisionado en estrecho zapato con palillo ó tacón alto, chongo elevado, de canas, sujeto con un monumental peinetón de carey, gran pañoleta cruzada al cuello, y mitones de seda aplomada bordados de colores, salió de la pieza inmediata y le dijo con acento afectuoso:

—Vamos, hijo mío, que ya es medio día, y tendrás algún apetito.

—No, señora, si almorcé tarde,—le respondió Mauricio.—Pero la señora insistió, y á su voz se unieron las de todos los huéspedes de la casa que se llevaron casi en peso al arquitecto, hasta dejarlo sentado en una silla forrada de baqueta, enfrente de una larga mesa cubierta de golosinas.

Al cuarto de hora de haber entrado, Mauricio estaba próximo á sucumbir al formidable atracón de que había sido víctima, y sentía que arrojaba hasta por las orejas y los ojos *huevos reales*, jaletinas, cremas, yemitas con aguardiente, leches, cocadas y todas las mil diversas clases de rosquetitos y *frutas de horno*

que cada uno de sus admiradores le había puesto en la boca; y para coronar la obra, la señora de la casa, que era el ama del Capellán, le hizo tragar enormes vasos de sangría, chicha, limonada y aloja que había preparado con sus propias manos.

Agobiado, exánime, moribundo, Mauricio creía que era llegado el último día de su existencia, y aun sospechó que Satanás habría inventado aquel expediente para no cumplirle lo ofrecido; por lo cual, imposibilitado de pasar un átomo más de alimento por su garganta, porque los que tenía en el estómago le asomaban ya á la boca al menor movimiento, discurrió decir á sus obsequiosos amigos que continuaban ofreciéndole, que aquello lo guardaba para unos parientes suyos en cuya compañía había ido á San Juan.

¡Nunca lo hubiera dicho! porque en el mismo instante todos los circunstantes clamaron en coro:

—¡Tiene parientes! ¡Parientes ha dicho, y no están aquí entre nosotros tomando alguna cosilla, y viven tal vez mal alojados! Que nos diga en dónde están, para ir por ellos y que vengan á esta casa á vivir en compañía nuestra, mientras dure la función.

Mauricio dió las señas de la casa, y en el acto salieron en busca de Pedro y de María unos seis mozos que iban por el equipaje, y el padre sacristán del Santuario para abrirles paso entre la multitud.

Al cabo de cuatro horas Mauricio vio entrar en la casa del Capellán á la familia del molinero, seguida de los mozos que traían el equipaje. Pedro había almacenado sus harinas y demás efectos en una casa de comercio para mayor seguridad.

Como éste pasaron los dias que faltaban para la función, porque Mauricio no quería poner las cruces hasta la víspera. Llegó el día 7 de Diciembre y el padre capellán trató de que el arquitecto pusiera manos á la obra; pero éste se excuso, diciendo que más tarde lo haría.

Era ya el oscurecer de aquel día; y como en la población había circulado la noticia de que al siguiente las torres se verían coronadas por las grandes cruces que todos habían podido admirar en la azotea de la iglesia, y era ya una hora tan avanzada, el público comenzaba á murmurar, desconfiando de que se cumpliera lo prometido. Las murmuraciones llegaron á oídos del padre Capellán, quien fue á ver á Mauricio y le habló en los siguientes términos:

—Hijo mío, muy pocas horas faltan para que amanezca el día 8, y me parece que tanto por la obscuridad de la noche, como porque no has hecho ningunos preparativos, te vas á ver en la imposibilidad de cumplir tu promesa.

—Descuide, Vuestra Merced, le respondió Mauricio, que mañana al despuntar la aurora, la obra estará terminada.

María del Amor Hermoso, que había oído oculta esta conversación, se dirigió á Mauricio cuando el Capellán le dejó solo, y le manifestó los temores que abrigaba de que fuera á sucederle una desgracia; pero el arquitecto la tranquilizó diciéndole que no pondría las cruces personalmente, sino que un amigo suyo que no quería ser conocido, se encargaría de hacerlo.

Más tranquila con esto, María fué á acostarse con

el ama del Capellán, y la casa quedó poco á poco en silencio. Por la parte de fuera se escuchaba el rumor sordo que producía tanta gente aglomerada, y en las calles y en las lomas circunvecinas se veían los resplandores de algunas hogueras que los pobres encendían para librarse de los exaesivos rigores del invierno, pues varios individuos habían perecido ya, víctimas del frío.

Todo el mundo descansaba en brazos del sueño, cuando poco antes de amanecer se escuchó un concierto de voces é instrumentos, cuya armonía venía de la parte de arriba. El padre Capellán dejó el lecho, y asomándose á la ventana de su aposento, que daba á la plaza mayor, vio con sorpresa que un resplandor vago á indefinido, iluminaba la parte superior de las torres del santuario, destacándose en medio de él las dos crnces que tanto tiempo permanecieron fuera de su sitio.

Ver aquello y comenzar á recorrer la casa dando grandes voces, fué todo uno; y á poco rato todos los huéspedes estaban en pié y celebraban tan fausto acontecimiento.

Mauricio entró de la calle y todos le saludaron con atención y respeto.

La admiración y el regocijo de todos los concurrentes á la feria fueron extremados, y la función que se hizo en la iglesia superó en suntuosidad á cuantas hasta entonces se habían hecho.

Después de la misa que terminó á la una de la tarde, el señor Obispo, el Capellán, los Canónigos y demás eclesiásticos que en San Juan se encontraban, se trasladaron el atrio del Santuario, y en presencia de

la mullitud que se agrupaba en la plaza y calles adyacentes, hicieron una pública manifestación de su gratitud hácia Mauricio, y en seguida le presentaron una gran salvilla de plata llena de onzas de oro, como premio á tan distinguida y señalada obra como había ejecutado.

Mauricio recibió el dinero y acto continuo se puso á repartirlo entre los pobres.

Todos lloraban de entusiasmo, y enmedio de la conmoción general se presentó Pedro el Molinero con los ojos llenos de tiernas lágrimas llevando á su hija de la mano.

Con bastante dificultad logró abrirse paso hasta donde Mauricio se encontraba, y haciendo pasar á María á su lado, le dijo con voz conmovida:

—Ahí la tienes. Puedes casarte con ella ahora mismo si te place.

Los dos jóvenes se estrecharon las manos con efusión y la fiesta terminó á gusto de todos.

Máxima, que ocultamente había ido á San Juan, se escabulló entre la multitud sin ser vista de nadie, y tomó inmediatamente el camino del pueblo; llevando el corazón desgarrado.

El dia se pasó en regocijos y felicitaciones, y después de ellos, nuestros amigos volvieron á Atotonilco, formando los más risueños planes para el porvenir.

Inmediatamente que llegaron al pueblo, se comenzaron los preparativos para el matrimonio de los jóvenes, y tuvo verificativo la presentación de los novios ante el cura.

Máxima se desesperaba porque el desdén de su

primo era cada día mayor, y sus halagos y caricias no le producían ya el efecto que antes.

La jóven se entristecía, y enflaquecía por momentos, y resolvió no ver á Mauricio con frecuencia, para evitarle el disgusto que con su presencia le causaba.

CAPITULO X.

EL MATRIMONIO.

Era una fria alborada de Enero. El cielo limpio y despejado completamente, dejaba ver su extensión de un azul blanquecino, por la cual cruzaban de cuando en cuando esos trémulos cordones que forman las grullas en su vuelo tardo y uniforme, al trasladarse de un punto á otro, anunciando su paso con su melancólico grito.

Máxima no había podido dormir en toda la noche, y sus ojos estaban rojos de llorar, pues aquella mañana debía verificarse el matrimonio de Mauricio con la hija del molinero.

La joven conoció que su desgracia era inevitable, desde que habiendo ido á ver á la bruja, esta la recibió con frialdad, diciéndole que no era posible devolverle el afecto de su primo, pues el diablo había tomado el negocio por su cuenta, y ella era impotente

para contrarrestar su poder. Desde ese momento Máxima perdió toda esperanza de ser feliz, y el más profundo abatimiento se apoderó de su alma, deseando la muerte como único remedio á su desventura.

Atotonilco todo, estaba de fiesta, y cada muchacha había preparado algún regalillo para la novia, y cada mozo hacía otro tanto con el feliz arquitecto. En el molino nadie había cerrado los ojos en toda la noche, y la servidumbre de señor Pedro la había pasado disponiendo el festín del día siguiente. Isidra regañaba á todo el mundo y dirigía en jefe las operaciones; daba el punto á las conservas y el sazón á los guisados, y no cesaba de hablar, recorriendo las largas filas de calderos que borbollaban á la lumbre, sostenidos por pabellones de morillos.

El olor del banquete que se preparaba se percibía de á legua, y una multitud de perros campesinos gruñían y peleaban á las puertas del molino, atraidos por las apetitosas emanaciones de los calderos y las cazuelas.

La iglesia estaba engalanada con sus mejores cortinas y sus ramilletes de plata más vistosos, y los amigos de Mauricio habían colocado en el arco de la puerta unos festones de hojas verdes entremezcladas de flores, que no había ojos con qué verlos.

Desde muy temprano las muchachas del pueblo se vistieron con su ropa de los domingos, y hablaban de una casa á otra por los cercados de los huertos, envidiando la fortuna de María del Amor Hermoso.

Aquella boda era un acontecimiento muy notable, tanto por la calidad de los novios, como por todas las dificultades que para verificarla tuviéron que vencer;

así es que los habitantes de Atotonilco dejaron el lecho antes que los pájaros se despertaran en sus nidos; y cuando la primera luz asomó por el Oriente, todos se dirigieron á la iglesia para no quedarse sin presenciar de cerca la ceremonia.

Mauricio había pasado la noche en el molino; y cuando el indio campanero fue á avisar, de parte del cura, que todo estaba listo, se encaminaron á la iglesia, señor Pedro, María y su novio, seguidos de alguna gente que deseaba acompañarlos, y de una música que tocaba alegres sonatas por el camino.

Máxima divisó la comitiva desde lejos, y corrió desesperada hácia la cuesta de Santa Rosa, en busca de algún alivio; pero la bruja Martina no pudo hacer nada en su favor, y se limitó á decirle palabras que no eran bastantés á disminuir el acerbo dolor de la joven.

—¡Martina de mi alma!—dijo Máxima á la bruja, entrando en la cabaña;—aquí me tienes atormentada por la más horrible desesperación.

—Pues ¿qué te pasa, hija mía?

—Que Mauricio se casará hoy con la hija del molinero, y tendré que renunciar para siempre á su afecto y á sus caricias.

—¡Y qué vamos á hacer! un poder superior al nuestro lo ha dispuesto así, y no hay medio de evitarlo. Tú has tenido ocasión de conocer la magnitud del amor de tu primo por esa muchacha, puesto que no ignoras que para conseguir el ser su esposo, no ha vacilado en celebrar un pacto con el diablo, perdiendo sin compasión su alma.

La cuerda que Satanás puso á su cuello se ha reducido tanto, que muy pronto, quizá esta misma no-

che, se estrechará hasta ahogarle, y el rey de las tinieblas tomará su presa, dejando viuda á María el mismo día de sus bodas. Esto debía ser así, y no hay que extrañarlo. y con ello lograrás no verte atormentada por los celos.

—¡Qué dices, Martina!—repuso Máxima con la mayor agitación.

—La verdad. Tu primo ha agotado los favores de Lucifer, y al terminar estos, tendrá que pagar el precio que él mismo les puso, y su alma dejará esta vida para ir á ocupar los antros subterráneos.

—¿De manera que Mauricio morirá hoy mismo sin remedio?

—Uno sólo existe, pero es tan difícil encontrarlo, que casi es segura su muerte.

—¡Díme cual es!

—Pues bien; tu sabes que la cuerda que lleva al cuello se anuda á cada deseo que Mauricio ve cumplido.

—Es verdad.

—Has notado también que los deseos de tu primo se han multiplicado imprudentemente, y que en este moménto en que el sacerdote bendice su unión con María del Amor Hermoso, quedan dos nudos por hacer en la cuerda. Además, Mauricio desea verse libre de ese prodigioso amuleto; pero para ello es preciso encontrar una persona que voluntariamente quiera sustituirle en el contrato, lo que me parece imposible.

Máxima escuchaba á la bruja con interés, y en su cerebro tomaba cuerpo una idea atrevida que estaba á punto de ser un propósito, sugerida por el entraña-

ble amor de la joven hácia su primo. Así es que después de un rato de profunda concentración, dijo Máxima á la bruja:

—¿Y á qué se obliga el que acepte el cambio, poniéndose en lugar de Mauricio?

—Nada más á morir el día menos pensado, si es que no tiene bastante fuerza de voluntad para no desear nada, pues al primer deseo satisfecho, le ahogaría la cuerda, y Satanás se apoderará de su alma, llevándola consigo á los infiernos.

—Si no es más que eso, yo salvaré á Mauricio. Viviré despreciada, oculta, miserable, sufriré con resignación todos los males que Dios quiera enviarme; pero que Mauricio viva y sea feliz.

Lucifer se presentó á Máxima en aquel momento, llevando el contrato de Mauricio en la mano, y la joven se llevó las suyas al cuello violentamente, porque sintió en él el roce de la estrecha cuerda.

En el mismo instante las campanas de la parroquia conmovían el aire con un alegre repique á vuelo; los cohetes tronaban sin interrupción, y la comitiva salía de la iglesia en el orden siguiente:

Abrían la marcha el pito y el tamboril, tocando de una manera desesperada; seguían dos hileras de mozos que llevaban en las manos ramos de flores y obsequios para el novio; detrás de estos marchaban las muchachas de la población, deslumbradoras con sus abigarrados vestidos, y en medio de ellas Mauricio y su esposa coronados de flores y seguidos por señor Pedro, el cura y todos los vecinos principales del pueblo. A los lados de la procesión se agrupaba la multitud de todas edades y sexos, y los chicos corrían de

aquí para allá recogiendo los cohetes quemados que caían, y saltando llenos de contento. Una mala música tocaba en el átrio de la iglesia, y otra de igual clase esperaba á los novios en el molino.

Máxima contempló este cuadro desde la cuesta de Santa Rosa, y sintió que el dolor más horrible le destrozaba el corazón, revelándose en su semblante que humedecieron las lágrimas.

—Cuidado, niña—le dijo la bruja;—no te entregues así á la pena, que puede costarte caro.

—¿Y he de perderlo para siempre?—murmuró la joven.—¿Y no volveré á ver sus ojos fijos en los míos con el amor que solía, sabiendo que sus caricias son para otra? No, Martina esto es superior á mis fuerzas, y prefiero la muerte.

¡Que tenga un momento su rostro cerca del mío, que sienta su aliento en mis megillas, que sus brazos me estrechen contra su corazón, y Satanás podrá hacer de mí lo que quiera!

—¡Has formulado un deseo, insensata!—dijo la bruja, y entró en su cabaña cubriéndose el rostro con las manos.

Lucifer, que escuchaba á Máxima sentado en una piedra, se levantó violentamente, sacudió las alas, y montándose á horcajadas en los hombros de Máxima, dijo:

—¡Pues manos á la obra!

Y descendió con la joven hasta la plaza del pueblo.

***

La comitiva tomaba por la calle que conducía al

molino, cuando repentinamente se dejó oir un gemido entre la multitud. Mauricio y María se precipitaron hácia un grupo de gente que se abría, dejando en el centro un objeto que todos contemplaban con espanto, y el arquitecto se arrojó sobre el desfigurado cuerpo de Máxima que yacía en tierra, agitándose en las horribles convulsiones de una agonía producida por el estrangulamiento.

El joven tomó en sus brazos el cuerpo de su prima, y vió con amargura que la cuerda fatal oprimía su hermosa garganta, hundiéndose en ella como el dogal de los ajusticiados.

La desgraciada joven abrió los ojos al sentir el contacto de Mauricio, y mandándole una mirada de infinita ternura, sus cárdenos labios murmuraron de una manera ininteligible estas palabras:

—¡Sé feliz!

Y sus miembros cayeron con la laxitud de los cadáveres.

Mauricio derramó una lágrima sobre el cuerpo de su prima, y volviéndose á María del Amor Hermoso, que contemplaba aquello estupefacta y sin comprender lo que pasaba, le dijo en tono solemne:

—María, á esta desgraciada joven deberemos, de hoy en adelante, nuestra felicidad. ¡Mucho me amaba.......! ¡Pobre Máxima! Recemos por ella.

Una sombra negra oscureció por un momento el cielo, pasando rápida como el relámpago por encima de los circunstantes, y todos percibieron un ruido sordo semejante al vuelo de una bandada de murciélagos.

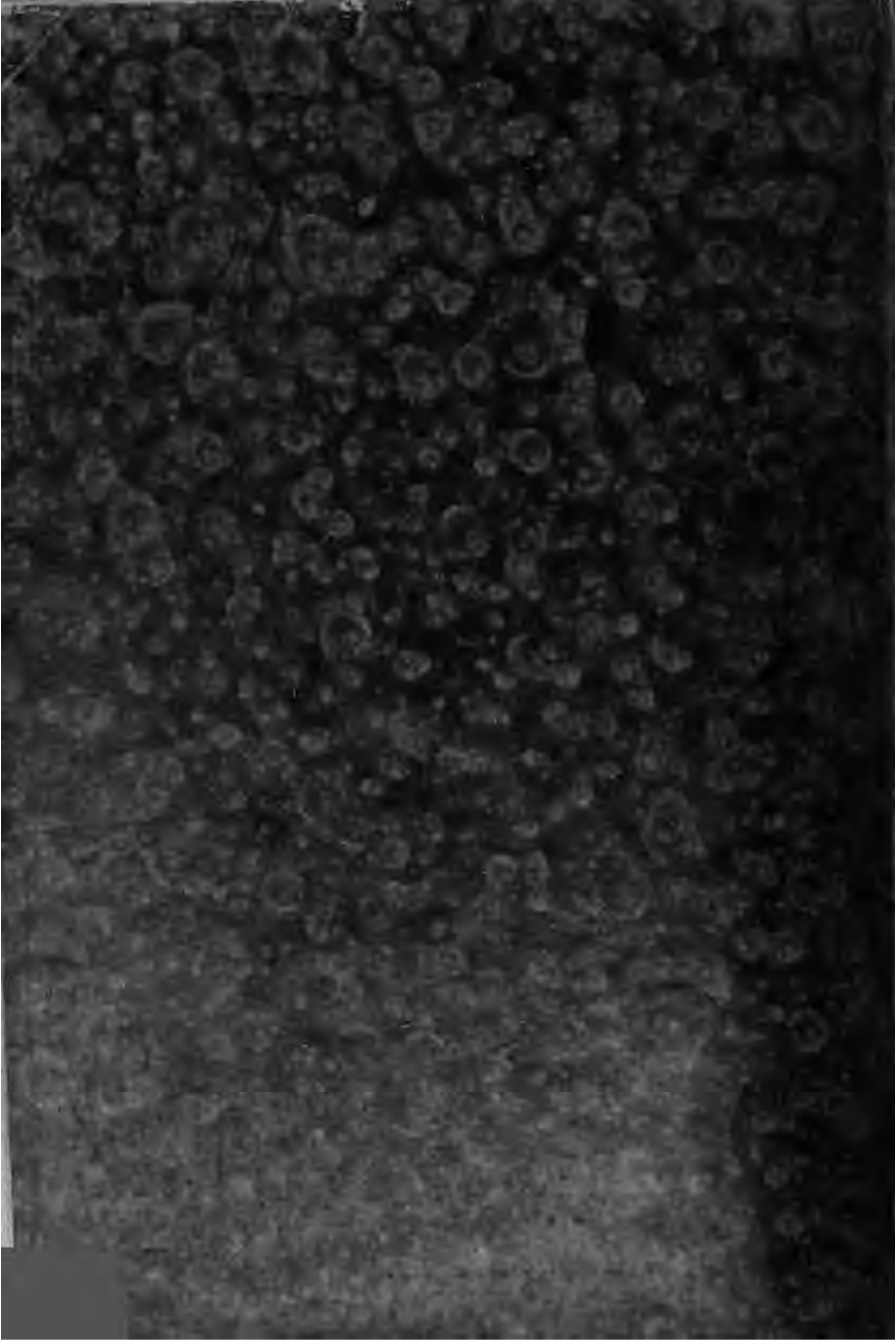
Era Lucifer que hendía el espacio llevando entre sus brazos el alma de Máxima.

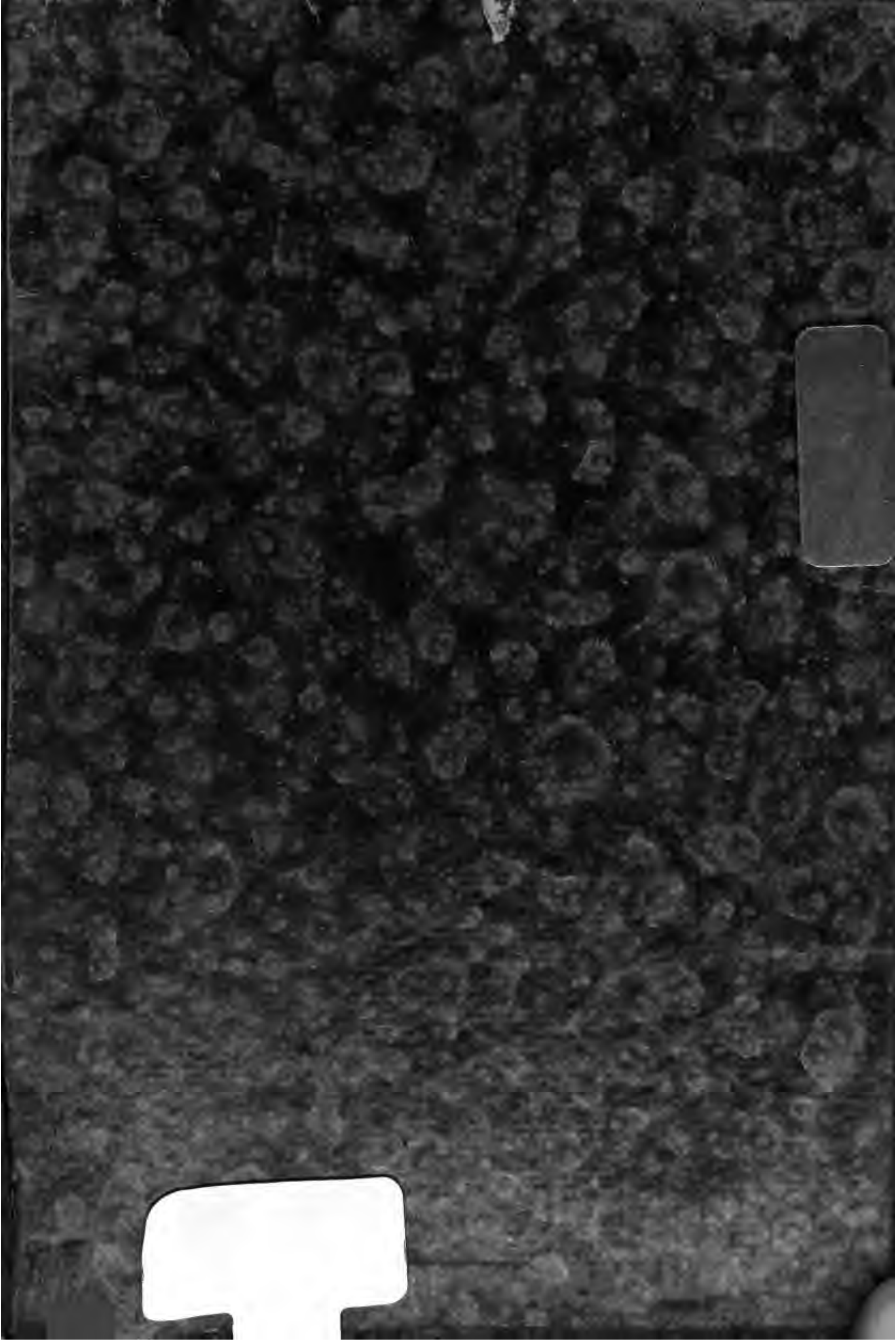
Desde entonces, cuando la noche tiende su manto de sombras, y los tecolotes cantan en las viguetas del campanario, y los coyotes aullan en las lomas desiertas, en la Cuesta de Santa Rosa suele oirse un grito lamentable que hace erizar el pelo á los labradores, quienes rezan por el alma de Máxima que anda en pena, buscando el amor de su ingrato Mauricio.

¡Compasión para los vivos! ¡Oraciones y respeto para los muertos!

FIN.

INDICE






UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025291983
0 5917 3025291983